

EL  
HORIZONTE  
DE  
KEOPS



JOSÉ IGNACIO VELASCO MONTES



**Colección:** Tiempos de Piramides  
www.nowtilus.com

**Título:** El horizonte de Keops  
**Autor:** © José Ignacio Velasco Montes

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S.L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez  
**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Rodil&Herraiz  
**Diseño y realización de interiores:** JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN 13:** 978-84-9763-364-2

Libro electrónico: primera edición

A Cachito,  
mi esposa y socia en esta aventura,  
por seguir ayudándome  
a pesar del paso del tiempo  
y de los imponderables,  
permaneciendo unidos por la idea  
de que la felicidad es un trayecto  
y no un destino.  
Con todo mi amor.

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS . . . . .	11
PRÓLOGO . . . . .	13
INTRODUCCIÓN . . . . .	17
CAPÍTULO I . . . . .	23
CAPÍTULO II . . . . .	97
CAPÍTULO III . . . . .	171
CAPÍTULO IV . . . . .	277
CAPÍTULO V . . . . .	433
PERSONAJES . . . . .	541
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	551



## AGRADECIMIENTOS

Quiero dar, en primer lugar, las gracias a todos los lectores que, con su acogida, nos han permitido continuar con la presente serie histórica sobre el Imperio Antiguo, Dinastía IV.

En segundo lugar, agradecer a Don Pedro Alonso y Don Agustín González, de la distribuidora Logintegral S.A.U. 2000, su labor y esfuerzo en mantener la obra al alcance del gran público por toda la geografía patria. Y también la próxima distribución, ya en marcha, allende el Atlántico, en los países hermanos. Estos ya hace tiempo que vienen solicitando la posibilidad de su lectura, acción que se encuentra dificultada por la distancia. Sin embargo, un cierto número de ejemplares han llegado allá transportados por viajeros que traían el encargo de hacerse con ellos. Y este aspecto ha incrementado la demanda al conocerse, por Internet y por el habitual «boca a boca», detalles de la obra.

También quiero dar las gracias al Instituto de Estudios del Antiguo Egipto de Madrid (I.E.A.E.) por su ayuda en la localización y verificación de datos reales sobre algunos de los personajes históricos que aparecen a lo largo de esta obra y algunos detalles sobre acciones y situaciones que se relatan a lo largo de la misma.

Y finalmente, agradecer a la Editorial Nowtilus, y más en concreto a su director Don Santos Rodríguez, la acogida y edición de esta obra y el cariño puesto por él y su equipo en la presente edición.

Marbella, enero de 2007.



## PRÓLOGO

**E**n las últimas décadas, el mundo de habla española se ha visto enriquecido con un sinfín de títulos que, sobre el mundo siempre mágico del Antiguo Egipto, han pretendido aproximar al público entusiasta, esta milenaria cultura que protagonizó una de las páginas mas brillantes de la civilización universal.

Muchos han sido, y son, los autores que, desde diferentes puntos de vista vienen cumpliendo la noble tarea de acercar al publico actual, una sociedad que, aparentemente tan distante de la nuestra es, en muchos aspectos, muy semejante a la del siglo XXI. Finalmente, los procesos civilizadores tuvieron y tienen el mismo sujeto común: el hombre. Este, con sus aciertos y sus derrotas es quien, finalmente crea y destruye imperios. Al término, siempre ha sido el hombre el protagonista y el paciente de la historia.

El Egipto del rey Jufu, (Keops) vio probablemente una sociedad que el lector reconocería fácilmente como la suya.

Bajo el nombre genérico de *Tiempos de Pirámides*, el autor, el Dr. D. José Ignacio Velasco, nos sorprendió primero con *El faraón Snefru* (Málaga 2004), que fue un gran éxito de ventas. A este primer libro, le siguió *El faraón Keops* (Granada 2005), con el mismo triunfo arrollador. Ahora nos vuelve a sorprender con esta nueva obra, bajo el título de *El horizonte de Keops*, a la que auguramos el mismo éxito que han tenido las precedentes.



Durante toda la IV dinastía, la organización social creada en la época tinita llegó a su máximo esplendor y desarrollo. Sería la era de las grandes pirámides, aquella en la que el proceso civilizador egipcio alcanzaría uno de sus cénits. Aquel fue el momento mítico en el que volvería a mirarse la milenaria historia egipcia cuando una y otra vez, las reiteradas crisis la pusieran al borde del abismo.

La IV dinastía gravitó alrededor del gran Keops, hijo y sucesor de otro mítico monarca: Snefru, y de las mujeres relacionadas con el anterior. Nombres míticos como la reina Hetep-Her-es o sus esposas y hermanas, Meryt-It-es y Henut-Se, dan vida en la pluma del Dr. Velasco a esta saga de personajes de los que se sabe muy poco a través de los restos documentales históricos que nos han llegado.

Pero, sin embargo, el reinado del mítico rey Keops se nos antoja como ya sucedió a sus paisanos egipcios del Imperio Medio, un tiempo de heroísmo y fuerza modelado bajo la poderosa influencia de su rey. Al fin y al cabo, Keops fue un hombre con todas sus grandezas y sus miserias. Pero, si Keops fue un soberano que estuvo presente a través de toda la historia de Egipto, incluso en época de Herodoto, ello debió ser porque su fama imperecedera atravesó los siglos de la mano de su gran obra, la Gran pirámide. ¿Quién no ha sucumbido a su embrujo? La Gran Pirámide es Keops, aunque de él no poseamos sino un muy pequeño retrato.

Y el Dr. Velasco reafirma una vez más la seguridad del lector cuando, paseando por las páginas de, este, su nuevo libro, le propone sus tesis a propósito de cómo pudieron ser los acontecimientos, incluso los más entrañables, que nunca nos desvelarán los restos de los documentos históricos.

El autor, como si de un biógrafo se tratara, nos relata detalladamente los ambientes íntimos de los palacios, de los templos y de las calles egipcias. Pero, y esto es probablemente lo más meritorio, nos ofrece el análisis de los perfiles psicológicos de los sujetos, de las ambiciones y de las pasiones que entretejen la trama que se desenlaza con este tercer volumen sobre el reinado de Keops.

¿Realidad recreada o meritorio ejercicio de ficción histórica? Es el lector quien debe decidir el dictamen final. Lo que resulta innegable es que el creador de esta saga de relatos acredita un profundo conocimiento histórico y arqueológico del periodo, pues sin esta sólida base, el intento habría estado destinado al fracaso.

Soy testigo de excepción de los esfuerzos y trabajos realizados por el Dr. Velasco, quien ha visitado personalmente en numerosas ocasiones los desiertos y ruinas de Egipto para recuperar esos retazos espirituales que todos los reyes y los integrantes de la nobleza, el clero y el pueblo llano dejaron aquí y allá, impregnando el aire de los mitos que aún respiramos.

Es seguro que mi buen amigo José Ignacio ha interrogado a las piedras, mudos testigos del pasado, para obtener de ellas las respuestas secretas no relatadas a nadie y que ahora él nos vuelve a entregar en las páginas de este apasionante libro.

Por ello, invito a los lectores a sumergirse en este apasionante relato del que no seré yo quien desvele las claves, pues esa es una aventura que concierne exclusivamente a dos: al autor y a su lector. Solo revelaré que al término de este viaje por la historia del reinado más destacado de la IV dinastía, que el Dr. Velasco ha preparado para nosotros, todos los que lo hayamos compartido soñaremos un poco más con los fabulosos tiempos del mítico rey Keops, como si de los relatos del Papiro Westcar, se tratara.

Madrid, 17 de febrero de 2007.

Teresa Bedman.

Del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto.

Co-Directora de la Misión Arqueológica Española

Proyecto Sen-en-Mut. Luxor. Egipto.



## INTRODUCCIÓN

**N**o han pasado aún dos años desde que el primero de los volúmenes de esta saga, *Tiempos de Pirámides. El faraón Snefru*, viera la luz. Han sido dos años en los que las noticias sobre Egipto y los nuevos descubrimientos sobre esta gran civilización se han sucedido e incrementado de forma clara y con una amplia difusión por los medios. Un año después, más o menos en las mismas fechas, el segundo volumen, *Tiempos de Pirámides (2) El faraón Keops*, hacía irrupción en el mercado y recibía igualmente una gran acogida.

Egipto, su historia, su civilización, su misterio, su cultura, atraen cada vez más a un público que desea ver y leer algo diferente. Y es que Egipto es distinto. Y lo es de una forma que no tiene nada que ver con otras civilizaciones, que también atraen a un turismo curioso e interesado. Son personas deseosas de salir de la rutina de unas ciudades llenas de humo, vidrio y hormigón para vivir la aventura de conocer e introducirse en una cultura que no tiene parangón con nada,

Día a día, el número de visitantes a Egipto, el «País de las Dos Orillas», aumenta de forma clara. Son viajeros de todo el mundo. Y es curioso constatar que el número de españoles se ha incrementado de tal manera en la postrera década, que en los bazares, como Khan el Khalili, o el de Bab el Louk, no solo se habla en español en una gran proporción de tiendas, sino que hay publicidad y ofertas en español. Ello indica el inusitado interés de nuestros compatriotas por esa civilización. Interés que no era excesivo no hace muchos años, pero que

ha sido captado por los nativos y se nos muestra con una gran acogida. Lo que ocurre es que los egipcios actuales, siguen siendo, como en el Antiguo Egipto, un pueblo acogedor con sus visitantes.

España ya no es una desconocida en Egipto. Misiones como el Proyecto Sen-En-Mut, en Deir El Bahari, Luxor, son ya un exponente del buen hacer español en la arqueología egiptológica. El techo astronómico descubierto por esta misión española, está considerado como el más antiguo del mundo. Este proyecto, ya en su tercer año, es llevado a cabo por el Instituto de Estudios del Antiguo Egipto de Madrid (I.E.A.E.) y coloca a Teresa Bedman y a Francisco Martín Valentín en primera línea entre los egiptólogos españoles y hermanos con los del resto del mundo.

Quiero dar, en primer lugar, las gracias a todos los lectores que, con su acogida, nos han permitido continuar con la presente serie histórica sobre el Imperio Antiguo, Dinastía IV.

En segundo lugar, agradecer a Don Pedro Alonso, Don Agustín González y Don Javier Valverde, de la distribuidora Logintegral S.A.U. 2000, su labor y esfuerzo en mantener la obra al alcance del gran público por toda la geografía patria. Y también la próxima distribución, ya en marcha, allende el Atlántico, en los países hermanos. Estos ya hace tiempo que vienen solicitando la posibilidad de su lectura, acción que se encuentra dificultada por la distancia. Sin embargo, un cierto número de ejemplares han llegado allá transportados por viajeros que traían el encargo de hacerse con ellos. Este aspecto ha incrementado la demanda al conocerse por Internet y por el habitual «boca a boca» detalles de la obra.

También quiero dar las gracias al Instituto de Estudios del Antiguo Egipto de Madrid (I.E.A.E.) por su ayuda en la localización y verificación de datos reales sobre algunos de los personajes históricos que aparecen a lo largo de esta obra y algunos detalles sobre acciones y situaciones que se relatan a lo largo de la misma.

En este, el tercer volumen, prosigue el desarrollo iniciado en el primer libro, con la vida del rey Snefru y la juventud del entonces príncipe Keops. Acción que se continúa en el segundo volumen con el inicio de la vida del recién coronado rey Keops. Actividades que prosiguen en el presente tercer libro narrando la segunda mitad de la vida del rey Keops, el constructor de la Gran Pirámide de Gizeh.

Keops es un rey pragmático, y a la vez problemático, al cambiar una serie de normas preestablecidas. Su enfrentamiento con los sacerdotes de algunos dioses, le va a granjear escasa simpatía entre algunas castas sacerdotales. Keops continúa, aunque más agresivo y con mayor extensión, la política iniciada por su padre, el rey Snefru y, a pesar de los imponderables con el clero, sienta las bases e inicia una civilización que habrá de durar más de 3.000 años.

Este rey hizo un gran esfuerzo para la mejora de su país y también, todo sea dicho, en su propio interés. Bajo su dirección se inició una gran organización administrativa, la creación de unas manifiestas infraestructuras, la formación de especialistas de todo tipo, desde escribas a arquitectos. Paralelamente se formó un extenso funcionariado para poder controlar la construcción de su gigantesca tumba, de sus templos alto y bajo separados por una gran calzada. Así, hizo esculpir la famosa «Esfinge de Gizeh» y terminó muchas otras obras. Todo ello fue la simiente del alto nivel que alcanzaría esta civilización en los siglos posteriores.

Sí, ha leído bien: la «Esfinge de Gizeh» fue realizada por Keops. Para alguno el leer esto puede producir un cierto asombro; pero así fueron los hechos en tan lejano pasado. Sobre este extremo, aunque durante muchos años se ha dicho y repetido, de forma casi mecánica e impensada, que la hizo su hijo Kefrén, para muchos autores de gran prestigio esto no parece ser cierto. En la actualidad, una gran —o al menos cierta— proporción de estudiosos la consideran, basados en muchos detalles muy reales y comprobables, como una de las obras del rey Keops.

Así, en el capítulo 10 del libro *Tesoros de las Pirámides*, editado por White Star Publisher, 2003, podemos leer toda una serie de datos que justifican nuestro aserto. En las páginas 112 a 138 de dicho capítulo, cuyo título es «Las pirámides de la IV Dinastía», firmado por alguien de tanta categoría como Rainer Stadelman, encontramos, entre otras, la siguiente afirmación:

«Al este, situada más abajo en el valle y cerca de su palacio, Keops mandó esculpir una de las mayores estatuas jamás creadas, la Gran Esfinge, reconocida hoy como una auténtica obra maestra de Keops. La tradicional atribución de la Gran Esfinge a Kefrén, no tiene base arqueológica, epigráfica ni estilística, por el contrario, todas las pruebas apuntan firmemente a Keops.»

Y siguen toda una larga serie de estudios sobre las razones por las que una gran mayoría de autores coinciden en este aspecto, como son, sucintamente: la conformación del rostro, la carencia de barba real, los detalles del pañuelo de cabeza, el Nemes y sus pliegues, la forma de las orejas y otros muchos aspectos en los que no voy a insistir, pero que ahí están y el estudioso puede constatar.

Sin embargo, todo sea dicho, otros autores opinan, en mi opinión demasiado gratuitamente y sin más pruebas, que siempre se ha dicho que era así: que la esfinge forma parte del complejo de Kefrén.

En este tercer volumen, en el que culmina la vida de este gran rey, prosiguen las acciones civiles y militares paralelamente a la vida familiar, como son las relaciones con sus cuatro esposas y sus numerosos hijos. Nos enfrentamos, además, tanto a los viajes, las guerras y los entresijos políticos de la corte, como a las maniobras de las familias de sus esposas para conseguir poner como heredero del puesto de rey a alguno de los príncipes de sus estirpes. Son unos príncipes que, al crecer y vislumbrar el poder, luchan entre ellos. Y así, al mismo tiempo se narran otros centenares de hechos y situaciones a lo largo de la vida de este gran rey. Y son estas circunstancias, sembradas en el pasado, las que van a dar lugar en el futuro a las vicisitudes que se irán presentando en las vidas de los sucesivos reyes. Acontecimientos que serán plasmados en los siguientes volúmenes que, posiblemente en el número de ocho, completarán la saga de la IV dinastía, (2575-2465 a.C.) dentro del Imperio Antiguo.

En el siguiente volumen a este, el cuarto: *Tiempos de pirámides (4) Los reyes Kawab y Djedefre*, estos dos reyes marcan un período breve en el tiempo real de aquel lejano momento, pero es una etapa de la historia rica en luchas intestinas familiares y otros muchos problemas en las relaciones internas y externas del país. Pasada esta etapa de transición, el inexorable paso del tiempo dejará abierto el camino al reinado de otro gran rey, Kefrén, cuya vida y acciones se relatarán en el quinto volumen: *Tiempos de pirámides (5) El rey Kefrén*. Este rey, un gran soberano, se va a enfrentar también con situaciones nuevas. Es un momento de rápidos cambios, de una problemática diferente, pues la tecnología de la piedra y el cobre evoluciona con rapidez y los múltiples contactos con los países limítrofes,

hacen que, tanto la vida como el desarrollo técnico, se desenvuelvan aceleradamente.

De nuevo dar las gracias a los lectores, a los distribuidores y al I.E.A.E. por sus aportaciones y consejos, pues sin estas ayudas, esta saga no podría haber sido escrita y editada.

Marbella, enero de 2007.





# CAPÍTULO I

«La amistad es un comienzo desinteresado entre iguales.»

Oliver Goldsmith, 1728-1774.

## 1

El mar va cambiando lentamente de color conforme el amanecer, escasamente insinuado, llena con su alborear la tranquila superficie. La figura, apenas visible, que duerme sobre unos sacos de cereales al lado de la borda de babor, se agita y se alza lentamente. Queda mirando con tranquila curiosidad el desdibujado contorno de una lejana costa que difícilmente se aprecia debido a la neblina; una bruma deshilachada y tenue que no logra atravesar la incipiente luz. Pero puede apreciar el escaso avance que ha realizado la nave a lo largo de la noche. Conoce la costa y calcula que apenas si han rebasado la ciudad más cercana a Egipto: Ascalón. Quedan, si todo marcha bien —se dice—, más de tres días para alcanzar Tanis, su punto de destino.

Mirando la gran vela de sucio lino que les impulsa, puede observar que el viento es flojo y apenas si infla ligeramente la tela que cuelga de la verga superior. Asomándose a la borda de sotavento, eleva el faldellín y alivia su vejiga llena por una noche en la que ha dormido profundamente.

En la otra borda, un grupo de egipcios duerme profundamente. Lo hacen bajo la vigilancia de un nubio de gran tamaño que permanece erguido y con la espalda apoyada en el interior de la amura de estribor. En todo momento, ha podido observar siempre cómo los

ojos del enorme negro recorren la nave en una permanente alerta. Hace varios días que los vigila con disimulada curiosidad y empieza a llegar a conclusiones. Es consciente que toda la caterva de hombres que lo forma, no son sino acompañantes del mozalbeta que siempre permanece rodeado y protegido por ellos. Esta actitud le lleva a una conclusión: el tranquilo muchacho debe ser una persona de cierto nivel. Pero no ha tenido ocasión de contactar con él. Observa que, cada día, un egipcio de edad media, no solo no se separa de él, sino que durante horas hablan, leen tablillas y papiros y el joven escribe bajo la constante mirada de los que le rodean. Ha apreciado el gran interés que pone el muchacho por aprender. Le calcula unos catorce años o poco más. Es la edad en la que todavía los chicos tienden más a jugar que a serios estudios. Ha advertido igualmente que con frecuencia recorre el barco acompañado por otro de sus servidores que le explica con interés detalles de la nave. Los diálogos entre ambos son animados y el mozalbeta pregunta y toca cuidadosamente aspectos del navío, como su estructura y sus cordajes. En un par de ocasiones ha subido hasta la cofa y con frecuencia habla con el capitán que le trata siempre con una gran deferencia.

Mientras la luz se aclara por momentos disipando la neblina que lo envuelve suavemente todo, el observador pasajero saca de una bolsa un poco de comida y bebida que engulle con manifiesto apetito. En la otra borda el nubio que vigila mira el cielo y, levantándose, agita a uno de los egipcios. Su fino oído le permite captar lo que le dice cuando este despierta:

—Señor, está amaneciendo. Es hora de despertar a todo el grupo.

—Vamos a hacerlo.

Y momentos después todos ellos se encuentran dedicados a diversas actividades. Uno desaparece por un momento y vuelve con un cubo de agua que el joven utiliza para lavarse cuidadosamente. Mientras tanto, otro nubio del grupo ha preparado un refrigerio para todos.

Desde la otra borda, en total quietud, aparentando estar dormido, el viajero observa el ceremonial con el que se inicia el día y que es idéntico al de los días anteriores. La exactitud de la disciplina, la repetición de los mismos actos, sin órdenes y con una precisión que le recuerda lo que ha visto en los templos entre los sacerdotes y en los cuarteles entre los militares, le incrementa, todavía más, una

curiosidad que le mantiene vigilante e interesado desde que partiera de Biblos. Es un misterio que le gustaría desentrañar, mas no ha tenido la menor opción a ello. El grupo, distante y aislado, no parece verle en ningún momento. Apenas ha recibido unos gruñidos como respuesta a sus saludos del primer día, por lo que no ha vuelto a intentar ningún acercamiento.

Con el amanecer y la aparición distante pero manifiesta del sol, la vida en el barco se restablece como cada alba. Hay un inmediato cambio de turno entre los que han estado de servicio por la noche. Un marinero baja de la cofa y otro inicia de inmediato la escalada para sustituirlo, trepando por una maroma. Cuando casi alcanza el extremo del bieldo que soporta la verga con la vela, la cuerda de esparto por la que asciende se rompe y el marinero cae desde lo alto sobre cubierta. Duro y curtido, el marinero apenas se queja, pero se levanta con dificultad. Tiene un brazo apuntando al cielo y no consigue bajarlo.

El viajero ha observado el acontecimiento y de inmediato sabe lo que sucede. Otro marinero acude al lado del caído y trata de moverle el brazo. Desde el sitio en el que se encuentra, en un reflejo irrefrenable, grita:

—¡No, no lo toques! Le ayudaré yo. Lo he visto hacer una vez.

Todo queda paralizado en la cubierta. El viajero se aproxima al que permanece en el suelo, todavía aturdido y sus manos recorren con rapidez el brazo y el tronco e indica perentoriamente:

—¿Quién me puede ayudar? Tiene que ser alto y fuerte.

De inmediato uno de los nubios del grupo egipcio se adelanta y acude a su lado haciendo un gesto de saludo y ofrecimiento. El jovencuelo que tanto le interesa ha seguido al miembro de su grupo y queda observando para ver bien lo que se va a hacer.

—Yo puedo ayudarte.

—Eres fuerte y alto. Lo harás muy bien —indica aceptando la ayuda con una discreta sonrisa.

—¿Qué puedo hacer?

—Cógelo por la mano, por la muñeca y tira de ella hacia arriba tratando de elevar el cuerpo de la cubierta.

—Te entiendo —y con rapidez coge al herido por la muñeca con sus dos manos y empieza a alzarlo lentamente.

El viajero actúa con rapidez aprovechando la elevación. Sus manos mueven el cuerpo, agitándolo ligeramente, y palpando la zona de la

axila. Con un chasquido audible, el cuerpo se estremece con un pequeño salto del brazo hacia arriba y el marinero gruñe aliviado. Han sido unos escasos minutos en todo el suceso, desde la caída hasta la solución completa.

—Que traigan un trozo de vela vieja o un trozo de tela —indica perentoriamente.

Momentos después, en medio de la observación de los marineros y de los escasos viajeros que hay en el barco, le coloca el brazo sobre el pecho y lo envuelve en unas frazadas de tela que le inmovilizan el miembro superior.

El capitán acude a su lado y le agradece su actuación. A escasa distancia, el mozalbete le observa con ojos escrutadores y un intenso brillo en la mirada. Todo vuelve a la normalidad tras unos momentos de conversaciones que han roto, por unos instantes, la frialdad habitual en la nave.

El viajero, discretamente, se retira a su rincón habitual y, momentos después, observa que el mozalbete acude a su lado lleno de curiosidad y le espeta:

—¿Quién eres?

—Un viajero...

—Quería decir. ¿Quién, y qué eres?

—Soy un aprendiz —responde enigmático.

—Aprendiz... ¿De qué?

—De todo.

—¿De todo? ¿Qué es todo? ¿Qué quieres decir?

—Que nunca sé, ni sabré, lo suficiente. Que siempre querré saber más y más de todo. Mi sed de saber es inagotable, como lo es el agua del mar.

—Pero tú eres un sunu, un médico.

El misterioso y lacónico viajero no contesta aunque mira intensa y descaradamente a los ojos al muchacho. Este, en unos momentos, nota que una corriente de simpatía le invade y sabe que puede confiar en el recién conocido. Con un gesto conminativo aleja a los dos nubios que permanecen a su lado atentos a la conversación.

—Y tú, ¿Quién eres? —Le espeta el viajero invirtiendo las tornas.

El mozalbete sonrío al comprender que lo que desde hace días desea está a punto de convertirse en realidad. Desde el primer momento se ha fijado en el silencioso viajero y ha observado que

está pendiente de ellos, mas le han dicho que no haga amigos durante el viaje. Sin embargo, la ocasión le ha mostrado que debe aprovechar la situación para satisfacer su curiosidad. Haciendo caso omiso a los gestos que le hacen su mentor y también su profesor, responde con aplomo:

—Me llamo Merib. Quiero ser marino. Este es mi primer viaje por mar después de más de un año de estudios en la escuela naval de Tanis. Y tú... ¿Quién eres?

—Me llamo Humupez y soy un aprendiz. Mi padre era egipcio y mi madre era siria, de muy lejos de aquí. Vengo a Egipto a aprender todo lo que pueda.

—Pero tú eres médico. Lo he visto por tu forma de actuar.

El viajero acepta con su silencio y un gesto ambiguo en el que se encoje de hombros como si nada fuera importante para él.

—Yo he nacido en Menfis y me gustaría ser tu amigo. ¿Es posible?

—Indica el jovencuelo, espontáneamente, con una sonrisa al tiempo que el tono de su voz advierte que tiene costumbre de imponer su criterio.

—La amistad no se pide, se gana. ¿Sabrás hacerlo?

Merib sonrío abiertamente. Con decisión apoya su mano en el hombro de Humupez al tiempo que le mira directamente a los ojos en un claro deseo de ser aceptado. Humupez mantiene la mirada por un momento antes de aceptar. Ha podido leer en el fondo de los ojos del muchacho su nobleza y los deseos sinceros de ser admitido en su mundo.

—Creo que sí, que podemos ser amigos. Ven, siéntate a mi lado y hablemos —le indica el viajero al tiempo que, cogiéndolo por el brazo, lo lleva hasta la zona en la que se encuentra su exiguo equipaje.

Y ambos se sientan sobre los sacos de grano que hay pegados al interior de la amura de babor. A escasa distancia los dos nubios, los guardaespaldas del mozalbete, no le pierden de vista y tratan de escuchar la conversación. Sin embargo, esta llega hasta los oídos de los dos medjays incompleta e ininteligible.

—Tú eres una persona importante en Menfis o en algún otro lugar. ¿O estoy equivocado?

Merib queda en suspenso por unos instantes. Le han indicado que no debe revelar a nadie su personalidad ni su estatus en la casa real.

Pero para el muchacho, Humu pep es más que nadie. Ha notado, desde el primer momento, que la simpatía hacia él es superior a lo que nunca ha tenido por cualquiera de las muchas personas que conoce. Es por ello que, tras un titubeo, inicia la conversación con seguridad.

—Sí, es cierto. Soy de una familia importante de Menfis. Pero eso no importa ahora. Quizá, cuando nos conozcamos mejor, te diré quién soy. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Ahora solo contamos tú y yo. Lo demás no es importante. —Indica Humu pep.

—Para qué preguntarnos quienes somos. Deberemos conocernos antes.

—Estoy de acuerdo pues no tengo intereses oscuros. Era solo una observación que me has confirmado. No me importa quién eres; sí, por el contrario, me interesa cómo eres.

—Ahora... ¿Quién eres tú realmente? Y sí, estoy interesado en saberlo.

—Ya te lo he dicho. Aprendiz de todo y maestro de nada.

—¿A qué vienes a mi país?

Humu pep sonríe antes de, agitando la cabeza, exponer:

—También lo he dicho: ¡vengo a aprender cuanto pueda!

—Es cierto sí, que lo has dicho. Soy yo el que es un misterio para ti. Te seré sincero... —indica dubitativo— aunque rompo todas las prohibiciones que he aceptado.

—Puedes confiar en mí. Pero te aconsejo que nunca confíes en nada, ni en nadie, incluso si te dicen lo que te estoy diciendo.

—Sí; mas... ¿Cómo saber cuándo sí y cuándo no confiar en alguien?

—Es algo que se aprende con el tiempo. Eso es la experiencia, y, a pesar de todo, uno se equivoca con frecuencia. Por ello te aconsejo: ¡nunca confíes en nadie!

—¿Puedo confiar en ti?

Humu pep hace un gesto ambiguo abriendo las manos que muestran su impotencia para contestar y añade:

—Veo que no has captado lo que te estoy explicando.

—Sí, lo he entendido. ¡Solamente yo debo tomar la decisión de confiar o no, basado en la intuición y las sensaciones profundas de simpatía, aspecto, y demás! Y... y aún así, quieres decir que me equivocaré muchas veces al juzgar a los demás. ¿Es eso?

—¡Sí! Eso es.

—Me arriesgaré contigo. Confío en ti desde que subí a la nave. Me gustó tu modo de comportarte, tu forma de andar, tu rostro de persona noble, y ahora hablando sigo notando la misma sensación de afecto hacia ti. He apreciado que nos miras con curiosidad, que no pierdes detalle de lo que hacemos. ¿Es así?

—Es verdad. El hecho de que seas observador es algo muy importante y te será de gran ayuda en la vida —acepta y sentencia el sirio.

—Sí, soy observador desde muy pequeño, al menos eso me han dicho y eso creo.

Merib queda en silencio por unos momentos al ser interrumpido por el sirio.

—Te agradezco tu confianza. No diré que confíes en mí, pues ya lo estás haciendo. Ahora, pregunta o explica lo que quieras.

—Te diré quién soy. Soy hijo del anterior rey, Snefru, que ya se ha reunido con su Ka. Mi madre es la esposa real Meritites, segunda esposa del actual rey Keops.

Humupep no pestañea. Algo en su interior le había preparado para algo así. Solo una persona muy importante puede llevar un acompañamiento y escolta como las que lleva el muchacho.

—Eres una persona muy importante, pero nunca se sabrá por mí. Ahora bien, como soy nuevo en este país, tu país, y no sé nada sobre él, salvo lo que me ha contado mi padre antes de morir, ¿puedes decirme lo que ocurre en este momento?

—Sin duda te será útil, casi tanto como haberme conocido. Yo te abriré todas las puertas que necesites en Kemi.

—Te lo agradezco, mas sabré buscar solo mi camino.

—Lo sé. Pero ganarás tiempo si te oriento en ese trayecto. Y..., como sabes, el tiempo pasado no se puede recuperar.

—Tienes razón. Aprovecharé tus consejos y haré uso de tus amistades.

—El actual rey, Keops, lleva once crecidas en el poder, desde que murió mi padre. Yo tengo casi quince crecidas del Nilo y se me considera adulto. Llevo bastante tiempo en la Casa de la Vida de Heliópolis, donde he aprendido cuanto puedo aprender de casi todo lo que corresponde a mi edad. Ahora, volveré a Tanis para hacerme marino y en el futuro poder llegar a ser un jefe de la flota kebenit.

—¿Qué es la flota kebenit?



—Es el conjunto de barcos militares que protegen a Kemi y a las otras flotas de naves egipcias en el Gran Verde.

—Entiendo.

—¿Cuántas naves son?

Merib mira a su interlocutor entrecerrando los ojos y, como si no hubiera oído la pregunta, prosigue:

—Serán unos años duros de estudio y de hacer de todo en los barcos antes de que me confíen el mando de uno.

Humupep sonrío ante la discreción del muchacho y le hace un comentario:

—Eres ya un adulto por tu conocimiento y la forma de comportarte. Has hecho muy bien en no darme información del número de barcos. Puedes confiar en alguien, pero ese tipo de datos no te pertenecen y, por tanto, nunca des lo que no sea tuyo.

—Estoy de acuerdo. El actual rey, mi padrastro Keops, es un gran hombre y un gran rey. Para mí es como el padre que no recuerdo. Está haciendo una pirámide enorme, una gigantesca estatua y muchos templos por todo el país, además de los que hará en su pirámide.

—¿Y de eso que opinan los que tienen que trabajar?

—Todos los habitantes, menos una cierta parte de los sacerdotes, le consideran el mejor rey que Kemi ha tenido hasta ahora. Esos pocos hierofantes le consideran un traidor, un hereje y cosas peores.

—¿Porqué?

—Ha puesto cada cosa en su sitio. A los sacerdotes de muchos templos les ha obligado a devolver al Estado todo el exceso de riquezas que han acumulado a lo largo de cientos de años. Esos caudales se están empleando en obras por todo el país, pensando en el futuro.

—Comprendo que hacer cosas ayuda a muchos, a la mayoría, sin embargo molesta a otros... casi siempre a unos pocos.

—Sí, debe ser así pues ya ha tenido que desterrar a muchos importantes sacerdotes que creaban problemas.

—¿Y qué más cosas puedes contar?

—El rey Keops tiene, en la actualidad, tres esposas y más de media docena de hijos principales. Una de sus esposas, la que fue su segunda esposa, llamada Nefertkau, murió a los pocos días de tener su segundo hijo, la princesa Nefermdat. Eso llevó a mi madre a pasar a ser la segunda esposa del rey.

—Pero eso te hace heredero de la corona si fallecieran los otros hijos.

—Sí y no. He renunciado a ello cuando el rey ha dicho que se haga una mastaba, una gran tumba, cerca de su pirámide para mí.

—¿Y por eso renuncias?

—Sí. Cuando el rey te regala el terreno para una mastaba, un sitio en el que se construirá tu tumba, y se empiezan las obras, te está diciendo que no quiere que tú puedas ser el rey.

—¿Y siempre se le obedece?

—Siempre debes hacerlo, aunque algunos hacen como si no lo hubieran entendido. Y siguen luchando, él y su familia, para conseguir el poder.

—Y... ¿Hay mucha lucha en la corte entre tus hermanastros, primos y los parientes que haya con posibilidad de llegar a ser rey?

Frunciendo el entrecejo, con un gesto muy característico en él, Merib tarda unos instantes en responder:

—Sí, hasta hace poco eran las familias las que luchaban en la sombra. Mas ahora, como ya tienen edades en las que empiezan a comprender lo que pasa, y... ¡todo está cambiando! —asevera Merib.

—Y... ¿La situación se vuelve confusa?

—Pues sí, ya han empezado los enfrentamientos entre ellos y se han creado grupos.

—Y tú, ¿qué piensas de ello?

—Me siento feliz de irme a Tanis. Así no tendré que estar siempre pendiente de que me puedan asesinar, sufra un extraño accidente, me envenene una comida o penetre, casualmente, por la noche una cobra en mi habitación. Estoy seguro que ninguno de ellos quiere ser marino y la envidia no se orientará hacia mí.

Humupep hace un gesto de aceptación al muchacho comprendiendo lo que quiere decir y aprecia el sentido práctico que hay detrás de su postura. Y no puede por menos que hacer un comentario:

—Muy adecuado. No tienes derechos de primera fila y haces bien en estar lejos de esas luchas. Si el tiempo o las circunstancias te llevaran a la corona, no tendrías enemigos en ese momento. Aunque... empezarías a tenerlos al poco tiempo de ser coronado, como ocurre siempre.

—Sí, así es —acepta pensativo Merib—. Sin embargo, te seguiré contando cosas que pueden interesarte.

Merib hace un alto mientras se acomoda en los sacos de grano y su mirada se pierde por unos momentos en la vasta extensión de agua verdosa que les rodea. Humupeg le observa en silencio, sin interrumpir. Alzando las cejas le anima a seguir.

—Keops, yo lo llamo así, ha creado tropas especiales que protegen las fronteras; ha hecho sólidos fuertes defensivos en las fronteras y cerca de las ciudades, y en las zonas en las que puede haber peligro de invasión.

Humupeg permanece en silencio, sin dar señales de sorpresa.

—Ha formado un buen ejército, no demasiado numeroso, pero bien preparado y con buenas armas. Lo ha hecho con tropas de distintos sitios, con lo mejor que existe en soldados.

—Una idea muy buena. ¿Están contentos?

—Sí, los soldados viven muy bien. La mayoría tienen esposa, hijos, y estos viven en poblados cerca del puesto militar en el que trabajan.

—Muy adecuado. Empiezo a pensar que Keops es un sabio. ¿Y la marina, en la que tú vas a pasar tu vida?

—La marina crece por días conforme se van terminando nuevos y enormes barcos que permiten una navegación más segura por el Gran Verde. Los barcos egipcios son los mejores que hay, junto con los de los «piratas del mar», en el Gran Verde.

El visitante hace una señal de asentimiento e invita al muchacho, con un claro gesto, a proseguir al tiempo que pregunta:

—¿Y cómo son las relaciones con los países limítrofes? Por lo que sé, ese puede ser el gran problema de tu país.

—El rey lo tiene más que previsto. Hay acuerdos con los nubios, al sur, aunque..., de vez en cuando hay que morderles en el cuello. Hay problemas con los habitantes nómadas del Sinaí y, también, con otras tribus del norte, que hacen que cada varios años los egipcios les invadan y dejen todo resuelto por un tiempo.

—¿Y al oeste? ¿Qué tal os lleváis con Chemeh?

—Hay tranquilidad total al oeste, pues tiene acuerdos con el país más grande y peligroso que es Libia. Una de sus esposas, la tercera, Nubet, era una princesa chemehu.

—¿Una esposa de Libia?

—Sí, así es. Ella, junto con mi madre, son las dos esposas favoritas del rey y ambas se llevan muy bien, pues son muy inteligentes. La

otra esposa, la primera, Henutsen, es todo un problema. No ella en sí, algo tonta y carente de ambición, pero sí lo es su familia. Esta y las docenas de familias de importantes que se han unido a ella, no solo en Menfis, sino en otros nomos del norte y del sur, han creado un grupo verdaderamente peligroso. Quieren que el primero, el segundo o el tercer hijo de la primera esposa, sea el futuro rey.

—Eso es lógico —acepta Humu pep.

—Aunque soy joven, hay algo que aprendí hace mucho tiempo: «no hay nada lógico en la corte egipcia» —sentencia el muchacho en una clara demostración de madurez que no pasa desapercibida para su interlocutor.

—¿Qué es lo que puede no ser lógico?

—¡La voluntad de Keops! El rey puede designar, dentro de unos límites de familia, al que quiera que le suceda. Aunque..., siempre entre los que tienen derecho a ello. Y los que tienen ese derecho pueden ser algunos más que los hijos de la primera esposa.

Humu pep hace un gesto de asentimiento al tiempo que indica:

—No conozco la forma de sucesión de vuestro país y no puedo opinar. Seguro que vosotros sabéis más que yo.

—Yo soy un candidato muy lejano y, además, no quiero ser rey. Mi ambición es otra: deseo ser el jefe de la flota Ke benit, el «Gran Almirante», y me estoy preparando desde niño para ello. El rey me dijo que si alcanzaba el nivel adecuado, él mismo me ayudaría y me dio el terreno para mi tumba, en la llanura de Gizeh, cerca de donde se está construyendo su «Casa para la Eternidad». Ambas manifestaciones me descalifican para ser rey.

—Salvo que no hubiera más remedio. Eres hijo de rey y de madre dos veces esposa de rey.

—Sí. Pero hay pretendientes con más derechos que yo.

—¿Son muchos?

—Sí, muchos —y recita diversos nombres que el visitante apenas puede captar—. Están: Kawab, Khufu-Khaf, Djedefre, Hordjedef, Minkaf, Kefrén, Babaef, Horbaef y aún hay algunos más con derechos similares a los míos, aunque todavía son muy pequeños.

—Sí, es obvio que tienes algunos por delante. ¿Qué tal se llevan entre ellos?

—La mayoría casi ni se hablan en los últimos años. Cuando empiezan a ser mayores y a entender lo que ocurre, ya hace tiempo

que las familias los han empezado a preparar para tener un futuro como rey.

—Comprendo —acepta pensativo Humu pep.

—Y, desde que descubren sus derechos, empiezan a discutir, a hacer alianzas entre ellos, de tal manera que al final todos están enfadados y no se hablan.

—Y a ti, ¿para qué te han instruido?

—A mí me han educado para marino. Desde pequeño es lo que más me gusta. No quiero vivir como ellos, siempre con miedo a sufrir un misterioso accidente, como ya le ha ocurrido a alguno.

—Haces bien, dedícate al mar, si es lo que deseas. Serás el «Gran Almirante» como es tu sueño y deseo.

—Y también hay una larga lista de princesas. Mis hermanastras son Hetep-Heres, como su abuela, y Meresankh, en honor a la madre del rey Snefru. Otras princesas con derechos de sucesión por vía femenina son: Nefermdat, hija de la fallecida Nefertkau, y Nefertia-bet, hija de Henutsen. Todas ellas tendrán que ser esposas de esos príncipes para poder llegar al trono.

—¿Te unirás a una de esas princesas?

—No —indica con decisión Merib— no me preocupan las mujeres, al menos de momento. Algún día encontraré la mujer que me guste. El unirme a una de ellas reforzaría mi posición, pero aumentaría las inquietudes y tendría enemigos entre los príncipes. Esa no es mi idea.

—Sí, me imagino que debe haber muchas tensiones en el palacio. Me parece bien que pienses en ser marino y llegar a un cargo importante. Al ser hijo del rey Snefru e hijastro del actual rey tienes muchas posibilidades de llegar a ese puesto de Almirante.

—No quiero conseguirlo de ese modo. Debo llegar a él por mis méritos. Entre mis ideas hay una muy clara, aunque para los de fuera pueda parecer absurda: nadie es más que nadie, ni tampoco menos.

—Lo harás. Recuerda siempre que el conocimiento es poder. Y tú sabes todo lo necesario para llegar a tener poder.

—Sobre ese aspecto también sé algo: El poder se tiene, lo que no es mi caso; se recibe, lo que es posible pero solo si me lo merezco y, finalmente, lo que le ocurre a muchos: nunca se llega a tener.

—Has tenido muy buenos profesores ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. Mi madre se ocupó, desde pequeño, de prepararme muy bien. Y he sido un buen alumno en la «Casa de la Vida» en la que estudié.

—Agradece siempre a tu madre lo que hizo por ti. No todos tienen la misma suerte.

Merib acepta con un breve movimiento de hombros y se asoma a la borda pues está escuchando unos chapoteos poco habituales. Unos delfines siguen a la nave, saltando a escasa distancia. No es una visión infrecuente, mas para Merib, que es la primera vez que puede contemplarlos, es toda una sorpresa que le mantiene sin perder detalle durante un largo rato hasta que los mamíferos desaparecen súbitamente.

—¿Los habías visto antes de ahora? —Inquire Merib.

—Sí. Aunque soy de tierra adentro y sé muy poco del mar, este no es mi primer viaje.

—¿Qué harás cuando llegues a Menfis? —pregunta súbitamente el joven.

—Buscaré un sitio en el que hospedarme. Un sitio en el que pueda leer, escribir y vivir a gusto..., pues eso me preocupa más que comer y dormir.

—Comprendo. ¿Me aceptas que te dé alojamiento en el palacio?

—¡Oh, no! No quiero que tengas que hacer nada especial por mí. Apenas si nos conocemos.

—¡Ya! Es decir..., ¿renuncias a conocer al rey y a otros personajes de la corte que te pueden abrir un futuro como nunca habrás soñado?

—No quiero causarte molestias. Olvídame, ya me las arreglaré. Si casi no nos conocemos...

—Pues no. Tú no me conocerás a mí, por lo que dices, pero yo sí te conozco a ti y sé que serás muy válido en la corte. El rey decidirá lo que debes hacer. Yo me ocuparé de ello antes de llegar a Menfis.

Humupep acaba aprobando, sin mostrar demasiado interés, la oferta con un encogimiento de hombros. Acepta en su interior que lo que le ha ocurrido supera, con mucho, sus más atrevidos sueños y deseos para su estancia en la corte egipcia. Sin padres, con el oro que ha obtenido de la venta del patrimonio familiar en el norte de Retenu, su idea es instalarse en Menfis y aprender todo lo que pueda de los médicos egipcios. Y después seguir viajando por otros sitios en

los que pueda aprender de medicina y de otras muchas cosas. Acepta que su curiosidad es insaciable. Comprende que en su mente campea siempre un qué y un porqué, que no le dejan un momento de reposo. Hay muchos aspectos que no ha podido aprender en algunos de los muchos países que ha visitado en los postreros años con idéntica intención.

—Gracias. He de reconocer que tu oferta es muy interesante y me permitirá ganar tiempo para empezar a aprender. Mas... recuerda siempre que... «lo que se obtiene fácil no hace mejorar tu carácter».

Ahora es Merib quien le mira con un gesto irónico al tiempo que comenta:

—¿Solamente ganarás tiempo? Yo creo que dejas muchos aspectos fuera: prestigio, amistades, posibilidades fuera de lo común y un centenar de aspectos más. Todo lo que vas a recibir en escaso tiempo, sería casi imposible sin mi ayuda. ¿No crees?

—Tienes razón. Aceptaré agradecido todo lo que me puedas proporcionar.

—Bien, ahora soy yo el que quiere recibir de ti. Cuéntame, cuéntame cosas de las tierras que conoces. Hazlo sin prisas, con detalles, cuanto más sepa de todo, más posibilidades tendré de llegar a ser el jefe de la flota egipcia. Cuenta. Por favor... ¡soy también, como tú, muy curioso!

El viajero se remueve sobre los sacos de grano, acomodándose. Enfrente, Merib hace lo mismo otra vez.

—Verás... tengo veintitrés años, crecidas, como decís aquí. Nací muy lejos, en Assur. Es una ciudad que se encuentra a la orilla de uno de los dos grandes ríos que hay muy al norte y al este de aquí. Son ríos tan grandes como el que me han dicho que hay en tu país, pero allí son dos que se unen, según dicen, muy al sur. Yo he visto los dos, al norte, cuando venía hacia acá.

—Sí, he oído hablar de ellos, son grandes, anchos y se puede navegar por ellos, tal como hacemos en el Nilo. Sus nombres son...

—Tigris, el que estaba al lado de la ciudad en la que nací y por tanto el más distante de aquí, y...

—Eúfrates, el más cercano —le interrumpe Merib.

—Es verdad, así les llaman. Prosigo, empecé a estudiar en una...

Y los dos inician una conversación que solo se interrumpirá para dormir y que se prolongará hasta la llegada a Tanis.

## 2

Cuando la nave arrumba a Tanis, la amistad entre Merib y Humupeg ha quedado consolidada de forma clara. El muchacho ha escrito un papiro que le entrega enrollado y sellado con resina tras ser leído por el sirio. Ambos se miran y hablan unos instantes antes de que el grupo egipcio baje del barco.

—Haz todo como te he dicho —indica, un tanto conminativo, Merib.— Ya sé que, como me ocurre a mí, no te gustan las ayudas, pero hay que aceptarlas, sobre todo en tu caso, que no deseas poder, sino conocimiento, aunque esta sea poder.

—Así lo haré. Me presento en palacio y digo que quiero hablar con Aberkare, pues le traigo un mensaje de Merib. ¿Es así?

Merib lanza una carcajada antes de apostrofar:

—¿No es muy difícil? ¿Te acordarás dentro de dos días?

Ahora es Humupeg el que responde con sorna:

—Yo sí, pero..., ¿recordaras tú alguna de las cosas que te he contado y que te podrán ser útiles?

Merib frunce el ceño, hace un feo gesto infantil, y se aleja sin volver la vista hacia su amigo que ha quedado apoyado en la borda y le ve alejarse mientras sonrío. Sabe que su duda sobre la memoria del muchacho ha irritado ligeramente a este, como pretendía para lograr que recuerde sus consejos.

Mientras el barco descarga sacos de grano, piezas de madera y ánforas de vino y vuelve a cargar otros objetos, Humupeg baja al saliente de maderas y piedras que hace de muelle y pasea sin alejarse. Sabe que la parada va a ser de un mínimo tiempo y no quiere que el barco zarpe sin él y pueda perder todo lo que lleva a bordo. En un puesto, apenas unas tablas y un trozo de sucio lino que lo protege del sol, compra pan con especias, dátiles y bebe una cerveza que encuentra más espesa y sabrosa que las que acostumbra a beber en su país. La ha bebido a través de un tubo curvo de cobre por el que chupa. Es la primera vez que ha podido ver algo así para beber y, una vez más, acepta que en Kemi va a encontrar muchas cosas que no conoce. Comprende que esa es una de las muchas razones de su viaje.

Mientras pasea puede observar el paso de los barcos y contemplar algunos que hay abarloados en distintos puntos de la orilla del río. Desde el lugar en el que se encuentra puede ver, no muy alejada,



la ciudad. El diseño y la altura de las casas, los grandes barcos estacionados en el muelle, el suelo allanado y la anchura de las calles es lo mejor que ha visto en su largo peregrinar de país en país. Comprende que es muy posible que, si todo sale bien, sea el final de sus viajes y solo tenga que completar con información los innumerables «¿qué?», que llenan su cabeza en una infinita sucesión de preguntas.

Los gestos del capitán del barco le sacan de su abstracción y le hacen apretar el paso hacia el mismo. En la nave se está disponiendo todo para zarpar. Con el fresco viento del norte a favor y la ayuda de los remos, la nave se separa de la ribera y pone rumbo al sur, luchando contra la débil resistencia de una mínima corriente. En esas fechas el río tiene el caudal muy bajo y las marcas de nivel, unos primitivos nilómetros de madera clavados en la orilla con burdas muescas, muestran casi todas las marcas al aire, por lo que el río no opondrá mucha resistencia al avance.

Cuando se encuentra al lado del capitán, la nave ya está despejándose del borde y varios marineros recogen los cabos y hacen rodelas con ellos.

—¿Cuándo llegaremos a Menfis? —inquire con fingida curiosidad como si realmente le importara.

El capitán le mira alzando las cejas y adivinando que lo que quiere es hablar y sonsacarle información.

—Cuando el viento nos lleve. ¿Qué quiere saber?

—Es usted muy directo. ¿Cómo es la vida en Menfis? ¿Te importa contarme cosas de allá?

El capitán da órdenes antes de contestar. Está pendiente de las maniobras pero murmura entre dientes en medio de los gritos que lanza a los marineros que corretean por la cubierta.

—Dentro de un rato hablamos.

Y la nave va adquiriendo velocidad hasta situarse en el centro del ancho brazo del río que discurre con amplios meandros hacia el sur. Después, ambos, como han quedado, se sientan en un rincón del castillete de proa, por delante de la gran vela, e inician una larga conversación que, con frecuentes interrupciones, se va a prolongar durante los tres días que tardarán en alcanzar Menfis.

El río se prolonga en una sucesión de meandros, bajíos que el capitán tiene que evitar, y noches anclados a la espera de otro lumi-

noso amanecer. Al tercer día, poco después de reiniciar la marcha, y tal como ha pronosticado el comandante de la nave, están llegando a la capital de Kemi.

—Señor —indica el capitán a un Humupep que descansa distraído sobre los sacos de grano en los que ha establecido su residencia mientras navega.

El sirio frunce las cejas y se gira hacia el puente con un claro interrogante en la mirada.

—Detrás de esas lomas, empezaremos a ver Menfis.

Y Humupep se alza y se apoya en la amura de estribor pues sabe que «La ciudad de la Muralla Blanca», «La Balanza del Doble País» no se encuentra a babor del río, como es lo habitual, sino en el lado contrario. Durante un rato la nave se desliza, trazando un meandro y, súbitamente, la gran ciudad, la mayor urbe de Kemi, queda a la vista. Para el sirio es un espectáculo inusitado. Nunca ha visto nada igual a lo largo de sus viajes.

Menfis, en el transcurso de la postrera docena de años, ha cambiado notablemente. Las obras de ampliación del palacio, iniciadas con el ascenso del rey Keops al poder, terminaron hace muchos años. Otros trabajos posteriores, de mayor amplitud todavía, han convertido a Per-Aa, «La Gran Casa», el palacio en el que vive el rey, en un emporio de edificios, jardines y una amplia avenida con cipos y estelas que le une a Hat-Ka-Ptah, el templo dedicado al dios Ptah, el patrón de Menfis.

Han empedrado más calles con lanchas que facilitan la deambulación. Se ha construido un gran puerto, ampliando el antiguo, añadiendo un nuevo ramal que une el palacio con el Nilo mediante un amplio canal artificial que llega hasta un lateral de Per-Aa, el enorme edificio en el que se encuentra la corte.

La ciudad en sí misma se ha transformado de una forma espectacular. La cercanía de las grandes obras, que se realizan en la llanura de Gizeh, ha atraído a una gran cantidad de gente. Cada día se necesitan más y más personas para ocuparse de la enorme maquinaria estatal que lo controla todo. Docenas de escribas, centenares de artesanos, sacerdotes y funcionarios recorren la ciudad en un constante flujo que cumple cada día con las funciones que se le van encomendando. La administración egipcia es meticulosa. Lo vigila todo y escribe cada detalle, cada cambio y nada se deja al azar o a la memo-

ria de un funcionario. Hay un dicho que aprende el escriba desde su más tierna infancia: «lo escrito es ley».

La continua llegada de naves, con alimentos y toda clase de materiales y personas que provienen del norte o del sur, es una inmutable constante. Es ese movimiento que no cesa, y crece cada día, lo que mantiene y convierte a Menfis en una urbe cosmopolita. Es una ciudad en la que se hablan numerosos lenguajes. Los diferentes vestidos y peinados ya no llaman la atención como antaño. A la capital de Kemi se la ve crecer por días. Hay una ampliación de la urbe que va ocupando el terreno que hace años desecara, según cuentan las añejas y arcanas crónicas, un rey milenario y misterioso, un rey-dios al que los sacerdotes llaman Narmer. Es un crecimiento paulatino que empieza a invadir el desierto colindante.

La llegada al puerto de una nave no llama la atención. Es una más de las que llegan o se marchan cada día. Solo un pasajero desciende de ella. Con un exiguo equipaje, dos sacos de cuero curtido que porta en cada mano, se dirige hacia el interior de la metrópoli con paso lento, pero decidido, callejeando hasta alcanzar una casa de dos plantas en la que penetra.

Humupep habla con una mujer madura que hay en el interior.

—Me han dicho que podría quedarme aquí. ¿Es así?

La matrona le observa, por unos instantes, como si tratara de evaluar al recién llegado. Al cabo, con voz ronca, mostrando unos dientes gastados por la arena a lo largo de los años, responde:

—Es un disco de cobre a la semana. Y no damos comida. ¿Cuánto tiempo va a estar?

—No lo sé... puede que mucho o solamente unos días.

La mujer se encoge de hombros y le acompaña a un cuchitril en el que apenas hay una yacija, un taburete y una jarra que no contiene agua. El recién llegado deja los morrales en un rincón y de una bolsa saca un pedazo de cobre que le entrega. La dueña lo mira, lo sopesa y hace un gesto afirmativo y, a la par que sale distraída, le indica:

—Hay un patio donde puede hacer de todo. Y se aleja renqueante.

Humupep organiza con rapidez sus cosas. Hace calor y viene sucio del viaje. Se dirige al patio y con total desparpajo, se desnuda y se lava con el agua de un pilón y las cenizas mezcladas con arena que hay en una piedra con una concavidad. Se frota y casi no tiene tiempo de secarse pues el sol y la temperatura lo hacen de inmediato.

Lava la ropa sucia y colocándose un faldellín de fina lana siria, con extraños dibujos, retorna a su tabuco. Poco después, sale para hacer un recorrido que le permita conocer la ciudad, antes de iniciar otras gestiones.

### 3

El rey Keops, como cada día, se ha levantado al alba y se dispone a iniciar su trabajo. Ya no es el mismo de años atrás. Ha engordado y su rostro se ha ensanchado. Una mandíbula cuadrada indica con claridad su personalidad y fuerza de voluntad. Un vientre ligeramente prominente muestra que el paso del tiempo ha dejado su impronta en él. Pero se mantiene ágil y activo. Con voz potente, llama:

—¡Aberkare!

El antiguo marino, al que el sol y el tiempo han dejado marcadas huellas en su rostro en forma de marcadas arrugas que se hunden profundamente en la piel, no tarda en penetrar en la sala.

—¿Señor?

—¿Qué tenemos previsto para hoy?

—Nada. Dijo, hace unos días, que queríais ir a Gizeh.

—Si lo dije, pero..., cada día se me hace más pesado ir para ver la lentitud con la que crece mi «Casa de la Eternidad».

—Señor, hace más de una estación que no vais por allá. Han debido subir muchas hiladas, por las noticias que tengo, desde que no la veis.

—Sí, es cierto. Saldremos en unos días.

—Como os parezca. ¿Para cuándo?

Keops se rasca la frente por un momento y al cabo, enderezándose, indica.

—Nos iremos mañana muy temprano, organízalo todo. Como siempre, poca gente y nos quedaremos uno o dos días antes de regresar.

—Bien señor, así lo haré. Si me lo permitís, quisiera volver a preguntaros si deseáis que continúe la obra de vuestra estatua en Gizeh. Está parada desde hace mucho tiempo.

—No. De momento no. Desde que murió el escultor que la hacía... ¿Cómo se llamaba?

—Teperre, señor.

—Desde que Teperre y su hijo se cayeron desde lo alto y su hijo se volvió loco del golpe tras el accidente, he perdido la ilusión de terminarla. Quizá más adelante.

—Cuando digáis. Tengo la persona que puede continuar la obra, solo hay que decirle que siga con ella...

—Ya te lo diré, hay mucho tiempo para ello —interrumpe el rey, al que el tema parece no gustarle.

—Bien, señor. Tenéis muchas cosas que hacer. ¿Os parece que nos pongamos a hacerlo?

—Sí, trae todo y empecemos con ello.

Aberkare sale por un momento, y al rato vuelve con un montón de papiros en la mano. Ambos se sientan y el secretario desenrolla el primero de ellos.

—Señor, debéis autorizar que traigan madera desde Retenu. Queda muy poca para los barcos y otras obras que se están haciendo. Los almacenes se están quedando con muy escasa cantidad.

—Que vayan veinte barcos por ella.

—Bien, señor. Tenéis que decidir a quién vais a nombrar como arquitecto jefe del templo de On. Desde que murió el anciano Hersef, el puesto se encuentra libre.

—¿Quién os parece adecuado?

—Creo que Tenzo sería adecuado. Tiene unas limitaciones, para andar e ir a las obras, que le tienen confinado en palacio y apenas sale. En On, enseñando, sería más útil y es de vuestra confianza total.

—Sí, haz el nombramiento y avisa a Ankh-Haf para que se lo indique y marche a la Casa de la Vida de On. Creo que allí nos será muy útil, y no tendrá que sentirse triste por no poder ir a las obras de los templos ni de mi tumba.

—Así lo haré hoy mismo.

Y ambos, durante toda la mañana, con una continua entrada y salida de secretarios y mensajeros, van despachando toda una serie de problemas que el cada vez más indolente Keops ha dejado acumular. La prematura muerte de su esposa Nefertkau, pocos días después del segundo parto, la superó sin dificultades. Sin embargo, la posterior muerte de la reina madre, Hetep-Heres, una madre con la que

siempre había mantenido unas relaciones inmejorables, la sintió profundamente. Aunque su muerte ocurrió a una avanzada edad y ha discurrido bastante tiempo desde entonces. El hecho le ha dejado una profunda huella en su carácter.

Pero, más adelante, toda una concatenación de sucesos desagradables ha hecho que la personalidad del rey se altere de forma manifiesta, perdiendo una gran parte de la alegría que siempre le caracterizaron. El descubrimiento del saqueo de la tumba de su madre, le sumió en una depresión y malhumor que duró un cierto tiempo. Los sacerdotes del Templo de Ptah y sus mejores amigos se han ocupado de todo. Creen haber engañado al rey sobre la desaparición de la momia de su madre y la expoliación del sarcófago. Sin embargo, el rey lo sabe, aunque hace como si el sarcófago sellado que le han mostrado no hubiese sido violado.

El traslado de los restos del contenido de la tumba allanada, incluyendo el ataúd sellado, a una nueva tumba, un escondite difícil de encontrar y próximo a su pirámide, le tranquilizó por un tiempo. Más adelante, el descubrimiento y la detención de los ladrones de la tumba y la drástica decisión de ejecutarlos, contra su modo de pensar, volvió a causarle una nueva situación desagradable. Toda la serie de graves sucesos, como los sospechosos accidentes, con muertes, de algunos de sus hijos, enfrentamientos entre las familias de sus esposas y otros hechos ocurridos sucesivamente en poco más de cuatro crecidas, han cambiado a un rey, alegre, activo y voluntarioso, convirtiéndolo en una persona lenta, apática y pensativa.

Y de nuevo, dejando a un lado muchas de sus obligaciones de rey, ha vuelto a sus reuniones con los magos, a sus extraños viajes y es frecuente su desaparición durante días, a veces largas temporadas, en los subterráneos del palacio, donde estos tienen sus cubiles, o fuera del palacio, en incursiones a wadis u oasis, con escasa compañía.

La abandonada obra de alquimia, en la que trabajaba cuando era príncipe, está siendo de nuevo atendida por Keops y los tres magos que aún permanecen a su lado. Hace años que Harata, el mago hindú, ante la ausencia del rey por los sótanos en los que trabajaba, y ante la soledad a la que se veía sometido, decidió marcharse y lo hizo sin avisar a los otros tres magos. Cuando se le comunicó a Keops la noticia, algún tiempo después, solo un leve fruncimiento de cejas demostró que se había enterado. Desde aquel momento, Keops ha

vuelto con ellos más para huir de la cotidianeidad del trabajo en la corte, que por un verdadero interés en su antiguo modo de vida al lado de los magos. Sin embargo, la vuelta al contacto con un tema que siempre le ha apasionado, ha conseguido devolverle en gran parte una alegría de vivir que estaba muy disminuida.

Solamente las actividades de Aberkare, el marino hecho secretario y amigo personal del rey, y de Velep, el eficiente amanuense elevado al rango de escriba personal del rey, han logrado controlar las situaciones y ocultar las ausencias, a veces largas, del soberano. Para ello, en ocasiones consultando y, en otras, tomando decisiones con presteza y acierto, han logrado que la rueda administrativa del país no se paralice y que las ausencias reales no sean algo más que unos amortiguados rumores dentro del palacio.

Sin embargo, desde hace cierto tiempo, el rey ha empezado a ocuparse un poco más de sus funciones. A sus espaldas, en un esfuerzo de voluntades, Meritites y Nubet, por un lado, y sus arquitectos, secretario y escriba, por otro, han ido logrando que Keops vuelva la vista hacia sus obligaciones y, lentamente, retorne a ser lo que, como rey, fuera antaño.

Al final de la mañana, cuando llevan horas llenando papiros y haciendo toda clase de nombramientos, ceses y cambios, Keops se despereza de forma manifiesta antes de preguntar, cansado:

—¿Qué más hay pendiente?

—Muchas cosas, señor. Tenéis que decidir los nombramientos de los dos generales que, en las postreras estaciones, se han ido a reunir con sus Kas.

—Sí, es cierto. ¿Eran Inotep y...? —Keops tarda unos instantes en traer el nombre a su mente. Mas el nombre se le resiste y hace un gesto a Velep.

—Rahomet, señor. Ambos os acompañaron, cuando erais príncipe en la guerra con Nubia.

—Sí, eso lo recordaba perfectamente y actuaciones posteriores con ellos. La muerte de Inotep, era muy mayor, la entiendo. Pero Rahomet era mucho más joven...

—Sí, algo más joven, mas solo eran cinco crecidas menos que Inotep. Pero llevaba mucho tiempo imposibilitado por una obstrucción de los canales internos de su cuerpo. Ambos pasaban de las cincuenta crecidas del Hapi Nilo.

—Sí, es cierto. El tiempo pasa, nos devora, nos consume, y solo la eternidad podrá cerrar esa conciencia del pasado —filosofea Keops mientras sus acompañantes permanecen callados.

—¿A quién os parece que nombremos para sustituirlos?

—Haz nombramientos para Renetep y Metufer. Y otro, de General Jefe de todos los arqueros, a Netbef. Los tres tienen méritos suficientes desde hace mucho tiempo. ¡Ah! Quiero que vengan a hablar conmigo.

—Así se hará, señor.

Y todavía, durante un buen rato, los tres permanecen reunidos, resolviendo problemas que les llevan detenidos mucho tiempo. Aberkare y Velep se hacen un gesto a espaldas del rey indicando su alegría por que este vaya, lentamente, volviendo a ocuparse de sus cometidos.

## 4

Los arquitectos Hemiunu y Ankh-Haf siguen manteniendo la dirección de todos los «Trabajos del Rey». Pero Hemiunu, de edad avanzada, con dificultades respiratorias y para caminar, ha ido delegando sus funciones a pie de obra en los arquitectos más jóvenes.

Tenzo, también limitado por una artrosis temprana, ante sus dificultades para moverse por el irregular y duro desierto, se queda como ayudante del arquitecto jefe. Ambos, con la ayuda de otros alumnos más jóvenes venidos de On, hacen los planos y las previsiones de las necesidades de las obras. Este grupo, del que van saliendo algunos hacia las obras cuando Hemiunu lo considera oportuno, realiza todo el trabajo sin salir de la zona de palacio que está dedicada a los arquitectos. Uno de los primeros que ha enviado como ayudante de Ankh-Haf ha sido Jetep, el hijo del tallista que hizo al rey una pequeña estatuilla de marfil que desde hace tiempo tiene en su salita.

Hemiunu es consciente que su vida se acaba. Está obeso y es un gran comedor y bebedor de cerveza y vino. Como consecuencia de su situación física, se ha vuelto muy comodón y se encuentra, manifiestamente, medio ciego. Liberándose de las molestias de acudir a las obras, dedica toda su atención, con la ayuda de varios arquitectos, a resolver los problemas que las ingentes obras plantean cada día.



Ankh-haf, delgado, ágil y muy activo es realmente, en la práctica, el que hace las funciones de arquitecto-jefe de todas las obras de Kemi. Es el que las visita y ordena los cambios y las nuevas etapas, pisando la arena y dejando su sudor sobre ella. Muchos obreros y capataces con los que habla en los últimos tiempos, ni siquiera saben de la existencia de Hemiunu. Para muchos de ellos, los más antiguos en Dahshur y, posteriormente, en Gizeh, es más un recuerdo, un nombre perdido en la arena de los tiempos, que una realidad.

—Señor —interrumpe Jetep a Ankh-Haf—se está acabando la hilada treinta y cinco...

—¡Te he dicho cien veces que no me llames señor!

—Sí, es cierto, no me acostumbro a llamarle de otra manera.

—Pues hazlo. ¿Qué ibas a decir?

—Quiero decir que las dificultades son cada vez mayores conforme subimos cada hilada.

—Eso lo sé hace tiempo; pero no se me ocurre nada para resolverlo o facilitar el trabajo. Solo a base de fuerza se puede resolver la subida de los bloques hasta su sitio en la hilada.

—Es lo que quería decir —indica Jetep—. Se necesitaría cambiar algo en el sistema de trabajo que llevamos...

—¿Qué es lo que cambiarías? —inquire Ankh-Haf sorprendido por una cuestión que para él no tiene otra opción.

Jetep carraspea y se rasca la tonsurada cabeza a través de la pieza de lino, con cierta forma, que le cubre la cabeza y la nuca del potente sol. Tiene una clara sensación de inseguridad y ridículo al tener que exponer la idea que lleva madurando un cierto tiempo. Es una idea tan sencilla, tan elemental, que debe haber algo que él no percibe y que hace que los demás la desechen.

—Es la manera de subir las piedras. Arrastrándolas con narrias se necesita mucho esfuerzo y hay que hacer grandes y largas rampas de arena y cascotes.

—Eso ya lo sabemos. ¿Y que podrías cambiar?

—Elevarlas con cuerdas, apoyando los bloques en troncos colocados sobre las caras de la pirámide. Estos troncos, untados con grasa, facilitarían el desplazamiento del bloque al subir, en vez de ir rozando y golpeando en cada hilada, que es por lo que no se está usando ese sistema.

—Creo que capto la idea. Pero debe haber algo que no percibimos en este momento —acepta poco convencido Ankh-Haf.

—Además..., lo veo así, en cada cara se podría disponer de dos o tres sitios para subir bloques. Eso ahorraría tiempo con respecto a lo que estamos haciendo.

—No lo veo. Haz unos dibujos y así quizá, si la idea es buena, podremos cambiar todo el sistema. Luego me lo explicas.

—De acuerdo, los dibujos los tengo hechos, y los cálculos de la resistencia y el número de cuerdas necesarias, así como los sistemas de tirar de estas con seguridad y el menor esfuerzo.

—Ya me lo explicarás. Y..., además de cuerdas, ¿qué más sería preciso?

—Necesitaremos mucha madera, y muy fuerte, para hacer largas palancas... —indica con la seguridad que va recuperando, poco a poco, el tímido Jetep.

—Esta noche lo vemos. Ahora vamos a ver la dificultad que, nos han comentado, existe en el inicio de la cámara baja.

—Ya sé lo que ocurre, y es que...

Y ambos ascienden por una de las rampas que llevan hasta la superficie plana, que se eleva muchos metros sobre el nivel del suelo, y en cuya superficie se muestran las entradas, grandes espacios sin rellenar, de lo que serán las cámaras interiores de la pirámide cuando esta se acabe.

## 5

Humupep, el sirio recién llegado a Menfis, lleva varios días recorriendo la ciudad hasta tomarle el pulso a la urbe. Ya sabe cuanto tiene que saber sobre ella y ha dejado de ser un forastero. Al atardecer, de vuelta de los barrios más apartados de la ciudad, decide que la mañana siguiente será el momento adecuado para llevar a cabo la propuesta que, durante el viaje, le hiciera el príncipe Merib.

Al amanecer, caminando con tranquilidad, es consciente de que no tiene prisas pues el tiempo es joven para él. El sirio llega hasta la entrada de Per-Aa. Los centinelas, cruzando las cortas lanzas, le cierran el paso.

—¿Adónde crees que vas? —le interroga el de más edad.

—Quiero ver a Aberkare.

Uno de los soldados penetra y, al momento, sale acompañado por un superior.

—¿Con quién quiere hablar? —Le interroga mientras lo contempla con curiosidad no exenta de respeto.

Humupep, para ir al palacio, se ha puesto las mejores galas que posee. Es un traje de colores llamativos, con un faldellín largo y una pieza que le cubre, parcialmente, el pecho y la espalda. Es una ropa escasamente vista en Egipto por lo que llama la atención y, al mismo tiempo, le abre las puertas pues no saben quién puede ser. El hecho de hablar como un nativo todavía les sorprende un poco más. Con un gesto de cortesía, el sirio responde.

—Quisiera hablar con Aberkare. Traigo para él un escrito del príncipe Merib.

—¿Me lo puede enseñar?

Humupep saca de un pliegue del faldellín, el breve rollo de papiro sobre el que se ven dos vueltas de la cinta azul que lo sujeta y un trozo doble que cuelga con el sello de resina vegetal en el que se adivina el cartucho de Snefru. El oficial lo mira por unos instantes antes de devolverlo con total consideración.

—Lo siento, señor. Aberkare salió esta mañana muy temprano con el rey hacia Gizeh. Y solo el rey sabe cuándo volverán.

—Ya volveré otro día pues tengo muy claro que, cuando un día termina, empieza otro —y haciendo un gesto de saludo con la cabeza, se encamina parsimoniosamente hacia la ciudad.

El sirio regresa a su alojamiento con una decisión tomada. Si ha de esperar, no tiene por qué perder el tiempo. Ya sabe dónde se encuentra Gizeh y la distancia que hay hasta la meseta en la que se está construyendo la gigantesca obra de la que todos hablan. Irá hacia allá y así podrá ver lo que se está haciendo. Compra comida, un pellejo con agua y un largo bastón de sicómoro. Ha decidido ir a ver la magna obra de la que todo el mundo habla en Menfis. Humupep es un gran caminante. Una gran parte de su vida ha discurrido en constantes viajes y estos los ha tenido que hacer a pie, salvo algunas etapas en barco o, excepcionalmente, en asnos y onagros.

Al inicio de la mañana se encamina, con paso regular y constante, ascendiendo hacia el oeste con el sol a su espalda. Sabe que su

sombra, durante horas, le indicará con claridad el camino. Mas, al poco tiempo de salir, va alcanzando a caminantes que llevan la misma dirección. Y además, a lo lejos, desde los pequeños oteros que salpican el camino, se puede contemplar la gran concentración de piedras, los humos de las cocinas y el hormiguelo de personas que pululan en la lejanía.

Abierto y agradable, Humu pep hace amigos de inmediato y los aprovecha para intentar informarse de todo aquello que le interesa. Pero en poco tiempo puede comprobar que los obreros con los que marcha no saben nada que no sea sobre su pequeña parcela de trabajo, aspecto que a él no le preocupa. Sí puede apreciar el cariño y el respeto que todos muestran por el rey. A lo largo del camino, desde la lejana Siria, ha escuchado toda una serie de noticias sobre Egipto que la realidad le está mostrando que eran falsas, erróneas, o tan absolutamente inexistentes como tendenciosas.

La noche le sorprende a escasa distancia de su meta. Se introduce entre unas dunas y con el palo a mano, decide descansar hasta el amanecer. Come y bebe del contenido de la bolsa que cuelga a su espalda. Mientras lo hace observa como en el cielo, como un gotear, las estrellas se encienden, una a una, compensando los postreros estertores de la luz del sol. Y en breve tiempo se ha dormido sin temor a nada. Sabe que su sueño es muy ligero y que siempre ha tenido un sexto sentido que le advierte, con mucha antelación, de cualquier peligro.

## 6

Henutsen, la primera esposa real y reina madre desde la muerte de Hetep-Heres, sigue viviendo aislada en el palacio sin intervenir en la corte para nada, salvo en los actos oficiales a los que es obligada a acudir por tajantes órdenes del rey Keops. Como cada día, con la simplicidad que le es habitual, abandona el lecho y se dispone a acicalarse. Unas palmadas hacen entrar en tropel a todo un conjunto de muchachas que la van a ayudar en una, tan inútil como innecesaria, sesión de embellecimiento. Hace semanas que el rey no viene a verla y, si ocasionalmente lo hace, siempre es de noche y con el único objetivo de pasar la noche con ella.

Mas a la reina madre no le preocupa nada desde hace tiempo. Tiene todo lo que desea. Con dos hijos vivos de Keops y uno muerto hace tiempo, nadie puede discutirle su situación de reina madre. Está segura de que sus hijos serán reyes, si sobreviven a las vicisitudes de la vida en el palacio.

Henutsen carece de ambiciones. Sin embargo, su familia es ambiciosa e influyente. Y a ella se han unido otras familias de diversos nomos del país. Las ambiciosas familias de varias provincias han jugado fuerte apostando por el clan de Henutsen. Todo ello se ha convertido en un problema que preocupa al rey. Con frecuencia, le llegan noticias de las maniobras del clan de Henutsen que mantiene una constante lucha con la familia de la que fuera su segunda esposa. Aunque esta murió hace años, ha dejado un hijo y una hija cuyo parto le costó la vida. El niño ha crecido y, por su inteligencia y voluntad, destaca entre los demás príncipes herederos.

La reina madre confía en su familia para el futuro. Hace tiempo que ha aceptado que no tiene dotes para casi nada y que, si ella no estorba, su hijo tendrá un mejor futuro que con su inoperante y, habitualmente, errónea ayuda. Ella, sin más ambiciones, puede disfrutar, sin la molesta presencia del rey en su cama cada noche, de una vida regalada dedicada a sus flores y a sus animales. Hace tiempo que ha aceptado la frialdad y el despego de Keops hacia ella. Sus sueños de adolescente, su amor infantil por el rey, al igual que su juventud, han ido quedando ajados por el paso del tiempo cruel y solo son un recuerdo que la hace bostezar.

Encogiéndose de hombros, abandonándose como cada mañana, se deja hacer por la cuadrilla de muchachas que pugnan por ser vistas y elegidas por la reina, de forma que las haga salir del anonimato de su grupo de peluqueras y camareras. Pero Henutsen es demasiado distraída y fría para hacer un esfuerzo. No sabe sus nombres, ni nunca los aprenderá. Son apenas una molestia ruidosa y bulliciosa que la envuelve cada mañana en un rato que precede al copioso desayuno de fruta, dátiles con miel, leche de onagra y pan con especias.

Las muchachas le desenredan el pelo con bastos peines de marfil de gruesas púas, mientras otras sostienen grandes espejos de pulido y bruñido cobre, que le devuelven varias imágenes amarillentas y deformadas de sí misma. Es lavada y perfumada con lo extraído de

diferentes tarros de piedra arenisca, alabastro y exornadas paletas de pizarra. Le presentan la ropa y señalando sin mirar elige el kalasiri que le pondrán. Hace tiempo que la belleza, su hermosura, no le preocupa.

—¡Ya está bien! —Indica cuando su paciencia se ha colmado—.  
¡Volved mañana!

Y sentándose, hace un gesto y los dos perros de lanas que permanecen observándola se lanzan a la carrera y se suben a su regazo.

—¿Qué tal mis niños? ¿Habéis sido buenos?

Y los dos canes se acurrucan entre sus brazos buscando unas caricias que, como cada día, les prodiga su dueña.

Mirando el brillante azul del cielo, queda ensimismada en sus tristes y melancólicos pensamientos, reviviendo una vida que le ha defraudado. Rememora sus tiempos de joven, cuando solo el amor por el príncipe Keops ocupaba su vida. Sus celos de Nefertkau, más agresiva y con más derechos que ella para unirse a Keops, ahora le causan una sonrisa que apenas se dibuja en su rostro. Comprende que el tiempo, el cruel tiempo, la ha llevado a la situación de soledad que vive. Y su mente se dispersa en una serie de pensamientos inconexos de los planes que antaño, cuando aún tenía esperanzas de recuperar al rey...

«...me sentía solitaria, engañada. Keops, cuando ocasionalmente viene a mi lecho, tiene hacia mí todo, menos cariño y ternura. Ya no me besa cuando hace el amor. Simplemente se aparea sin más sentimiento que el egoísmo de sentir su placer, pero no de causar en mí un efecto similar. Qué poco nos conocen los hombres. Para ellos el amor es un acto de unión física, mientras que para nosotras eso solo es una pequeña parte de lo que nos gusta, de lo que deseamos. La compañía, la ternura, el hablar durante un rato abriendo el corazón, para ellos carece de importancia...»

Henutsen se acomoda y acaricia a los perros que dormitan en su regazo. Los dos gruñen quedamente de placer y se giran presentando la tripa para que les acaricien en ella. Henutsen, distraída, los acaricia mecánicamente mientras su mente la traslada a mucho tiempo después, cuando las ocasionales visitas se han ido ampliando y ella está empezando a sentirse tan solitaria, que busca un refugio en el que vivir aislada...

«...y le he dado cuatro hijos, con los que pensaba que se sentiría unido a mí pero... nada ha cambiado. Solo viene a mi cama cuando el deseo de cambiar de mujer, le hace acudir, como si fuera una novedad. Y yo que pensaba que mi problema era Nefertkau. Y ella es tan desgraciada como yo y no recibe mejor trato.

Es curioso que nuestros desprecios fueran para Meritites y Nubet, que considerábamos unas concubinas. Y son ellas las que se han hecho dueñas de su corazón. Y ambas, unidas y amigas, lo comparten como si solo existieran ellas...»

Y durante unos instantes, pasa la mano por los ojos para enjuagar unas lágrimas que resbalan por las mejillas...

«...nunca he podido ser feliz. Solo apenas unas horas cuando nos unimos, y apenas unos años cuando la ilusión de obtener su amor era todavía un dulce sueño. Luego, la triste realidad de una soledad envuelta en el oro de ser la Reina, dejó de ser algo que mereciera la pena. Lo habría cambiado todo, por ser solo la esposa de él como un simple hombre. ¿De qué me sirve ser la Reina? Veo cada día, a mis alrededores, la felicidad de mis damas. Muchas de ellas unidas a hombres que no son nada... Pero ellas son felices... Lo leo en las estrellitas que brillan en sus ojos y en sus bocas, siempre sonrientes y satisfechas. Y yo, solitaria, melancólica y amargada. Siempre esperando una caricia, una palabra, un gesto cariñoso, que nunca llegan...»

Y de nuevo se agita en su asiento mientras cierra sus ojos una vez más en un sueño que el tiempo ha despojado de posibilidades. Su mente agitada permanece, un día más, dando vueltas y repasando unas vivencias que, no por pasadas, se le antojan menos reales.

«...¿y qué hice ante la realidad de un abandono cada día más manifiesto? Empezar a llenar mi vida con otras cosas que me llenaran el alma. Me refugié en mí misma. Me escondí en estas habitaciones donde discurre desde entonces casi toda mi vida. Tendría que haber luchado. Ir por él...»

Con un gesto violento, que hace rebullir a los perros en su falda, se agita contrariada antes de entrar de nuevo en su ensueño cotidiano.

«...eso hizo Nefertkau. ¿Y de qué le sirvió, si tampoco consiguió nada? Los hombres son tan difíciles para mantener un amor de por vida... Y las mujeres somos tan tontas al ser tan fieles y entregadas.

Siempre esperé de él un poco de ternura, pero no he conseguido más que explicaciones por sus ausencias. Y una explicación no es nunca un mensaje de esperanza.

Quisiera dar cabida en mi alma a una serenidad que no llega. Desearía un equilibrio que me permitiera vivir en esta melancolía que me embarga. Pero ni llega la serenidad, ni consigo alcanzar un equilibrio. Mis sentimientos me roban el presente y mis preocupaciones y deseos me están quitando el futuro. Y ambos, el hoy y el mañana, que no son como quisiera, son todo lo que tengo.

Me encuentro tan vacía, tan vulnerable, que creo que nunca llegaré a estar llena y con defensas. ¡Qué engaño nacer princesa, tener esperanzas, soñar con lo que te hacen creer que te mereces, para solo encontrar el vacío de la nada...!

Quizá, más adelante, pueda sentir lo que ahora no siento. Tal vez, con el tiempo, pueda sentir que sentí, lo que ahora no siento...»

Y, como en cada jornada, amargada, se levanta. E inicia un ritual que le llevará por los jardines hablando y acariciando a toda una serie de animales y vegetales en los que ha depositado los restos de la ternura que todavía el tiempo no ha podido anular.

## 7

Humupep despierta muy temprano. Apenas alborea cuando ya ha ingerido unos dátiles, tiras de carne secas al sol, pan de comino y unos largos tragos de agua. Mientras lo hace observa como las estrellas se apagan, una a una, en un cambio que va dejando el cielo huérfano de brillantes puntitos de luz.

De inmediato se pone en camino. Con las primeras horas del amanecer puede contemplar la ingente obra que ya al alcance de la mano tiene delante. El ingente montón de ordenadas piedras, que se elevan hacia el cielo azul, rompe el paisaje con sus bien colocadas hileras de piedras perfectamente alineadas unas al lado de las otras.

El sirio se detiene anonadado por un espectáculo que nunca ha visto. Recorre con la vista la enorme extensión que se está cubriendo con grandes bloques perfectamente cortados. En un rápido cálculo



estima que la altura de cada una es muy superior al codo usado por los egipcios. Y, con paciencia cuenta las que ya están colocadas.

—Cuarenta —se dice hablando consigo mismo—. Cada una más de un codo, son al menos otros tantos codos. Y no es sino el principio de lo que se va a hacer.

Avanzando se imagina nuevas hiladas encima de las que ya hay, continuando el ángulo de las esquinas, y puede ver con la imaginación la altura que alcanzarán. Es una altura desmedida para lo que está acostumbrado a ver. Y de inmediato una cifra le viene a la boca:

—Va a subir más de doscientos ochenta y cinco codos. ¡No es posible! Serán muchos años más de un trabajo inacabable.

Mas Humupep es un hombre positivo y, con rapidez, aleja la primera impresión de imposibilidad. Hace tiempo que sabe que todo lo que uno se propone se consigue, al menos si lo que se desea es medianamente sensato. Ha oído hablar de otras construcciones similares, ya terminadas. Por tanto esta obra también se terminará. Las otras debe verlas.

—Tienes tiempo para hacerlo. Por lo tanto lo harás —se dice continuando con su costumbre de hablar en voz alta, para poderse escuchar como un refuerzo de su pensamiento.

Y avanzando alcanza la base de la pirámide, observa el perfecto ensamble de unos bloques con otros. Todavía no se ha empezado a trabajar, pues apenas ha amanecido. Tiene curiosidad por ver el modo en que los grandes bloques, que se acumulan en la periferia de la base, son elevados y colocados en su sitio. Puede observar que los bloques están ya tallados en tamaños similares y colocados sobre narrias con las que han sido transportados hasta donde esperan el postrer movimiento

—Y el más difícil —añade en voz alta.

El sonido de numerosos golpes sobre los diversos gongos de cobre, convierte la zona en un maremagno de personas que avanzan hacia la obra desde el cercano y enorme poblado. El sol, un sol que despunta en el horizonte y empieza a llenar todo de luz y alargadas sombras, riega la meseta con sus amarillentos rayos anunciando otro día de calor insoportable. Ni una nube se puede observar en el cielo. Solo un, aún oscuro, azul que se aclara por momentos.

Poco después se inicia el trabajo. Todo se realiza por cuadrillas de obreros. Son grupos de más de una veintena de personas que realizan

los movimientos en perfecta conjunción y con una gran eficacia. Cada grupo se encuentra en conexión con otro similar situado más alto. Lentamente, con seguridad, los bloques son empujados con palancas y arrastrados al mismo tiempo. Otros van siendo elevados por largas rampas de arena y cascotes cubiertas de arcilla que humedecen de continuo y por las que se deslizan con cierta facilidad las narrias, los enormes trineos que transportan el bloque.

Humupep observa en silencio. La organización es perfecta. Cada obrero tiene un sitio de trabajo y una función a cumplir. Una vez que la realiza, vuelve a su punto de partida para volver a hacer lo mismo con el siguiente bloque. Centenares de auxiliares llevan agua, reponen cuerdas e instrumentos de piedra y cobre para el ajuste en las zonas altas.

—¡Eh, tú! ¿Quién eres? ¿Dónde trabajas? —interpela un capataz apuntándolo con un dedo mientras se encamina hacia él.

Sorprendido, pues no le ha visto llegar, se vuelve en su dirección y avanza acortando la distancia.

—Solo miro. No trabajo aquí.

—¿Quieres trabajar? Siempre hacen falta más manos...

—No, me basta con ver. ¿Estorbo aquí?

El capataz se marcha sin contestar. El sirio continúa moviéndose y observando cada detalle. Sus manos van tocando la superficie de las piedras para comprobar el terminado final, el trenzado de las cuerdas de cáñamo y su grosor, la fortaleza del encaje de las maderas de las narrias y docenas de detalles más que le llaman la atención.

—¿Quieres agua? —una joven muchacha, portando una gran vasija le habla directamente. En su mano lleva varias tazas de barro cocido que le tiende para que coja la primera.

—No trabajo aquí —responde.

—No importa. La sed es para todos. Mas si no quieres...

—Sí, dame agua. La beberé con mucho placer. Apenas ha amanecido, pero ya hace calor.

—¿Calor? Dentro de un rato empezará a hacer calor. Todavía queda parte del fresco de la noche.

Humupep bebe con fruición una buena taza de agua y repite con otra.

—Gracias, muchacha.

—Cuando tengas sed, siempre habrá cerca una de nosotras con agua. Solo tienes que pedirla.

El sirio hace un gesto de agradecimiento y se vuelve hacia la dirección en la que un clamor se intensifica por momentos. Observa que los obreros paran en el trabajo y se encaraman a los puntos altos para ver algo que todavía no consigue ver. Todos gritan algo que no entiende. La muchacha no se ha alejado mucho por lo que la interpela.

—Muchacha, ¿qué pasa?

—¿De dónde eres que no sabes nada? Es el rey, que llegó ayer y viene a ver su «Casa del Más Allá».

Le hace un claro gesto de agradecimiento y se encamina despaciosamente en dirección a la zona de donde proviene el mayor rumor, mientras piensa que va a tener ocasión de ver al rey mucho antes de lo que esperaba. La base de la pirámide ha quedado libre de personas y solo él no se ha subido a las primeras hileras.

Una pequeña y desnutrida comitiva avanza en su dirección. Puede observar que varios negros de gran tamaño rodean al grupo y uno de ellos se ha fijado en su presencia y se dirige directo hacia él. Al cabo llega a su lado y le increpa.

—Sube como todos a la pirámide y deja esta zona libre. Va a pasar el rey.

—No soy un obrero. Solo estoy mirando.

—Aléjate hacia un lado o hacia el otro. Por donde estás va a pasar el rey.

—Lo haré —acepta y se encamina hacia la pirámide para subir varias hiladas.

Momentos después, el grupo pasa a escasa distancia de donde se encuentra. El rey, escasamente adornado con sus atributos reales, parece muy interesado en lo que ve y le explican varias personas que le acompañan. Por unos instantes, la mirada del rey se clava en la suya y ambos la mantienen sin pestañear. Humu pep observa el fruncimiento de cejas del rey y comprende que le extraña su conducta. De inmediato el rey se vuelve hacia uno de los presentes y habla con él, al tiempo que le señala con el dedo de forma manifiesta.

Humu pep comprende que ha cometido una impertinencia y ha irritado al rey. Del grupo sale el que ha hablado con el rey y se dirige directamente hacia él. Conforme se acerca comprende que es Aberkare, por la descripción que le hiciera Merib. Y se adelanta hacia él, bajando las tres hiladas en las que se ha encaramado. Cuando están enfrentados, es interpelado con mucha tranquilidad:

—¿Quién eres y cómo te atreves a sostener la mirada del rey?

—¿Te llamas Aberkare?

Este le mira sorprendido por unos instantes.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy amigo de Merib y traigo un papiro de presentación para ti. Espero verte en el palacio desde hace unos días.

—¿Tienes encima el papiro?

—Sí. ¿Lo quieres?

—Dámelo. Quiero verlo.

Humupep lo saca de la bolsa que lleva en la espalda y se lo alarga. Aberkare comprueba el sello y rompe la cinta de lino azul que lo mantiene enrollado. En unos instantes lee lo que contiene y mira a los ojos al portador de la misiva.

—¿Eres sirio?

—Sí, hijo de egipcio y madre siria.

—¿Qué vienes a hacer a Kemi?

—Quiero aprender cuanto me sea posible.

—¿Eres un espía de los sirios, está claro! —Indica tajante el marino.

—¿Qué es lo que puedo espiar? —Responde entre risas el sirio. Como has leído, soy médico, estudioso de todo lo que ocurre, observador de la naturaleza y del comportamiento de los humanos. Y sé de ti todo lo que me contó Merib, y no me engañas.

Aberkare rompe a reír imitando al sirio. Ha tratado de asustarlo para conocer su carácter y personalidad. Sin embargo, ha podido comprobar que no se amilana por nada y comprende lo que le dice Merib sobre él en el mensaje que le ha entregado.

—Eres un hombre muy válido. Ven, incorpórate al séquito del rey. Cuando pueda te presentaré. Pero no le mires a los ojos como has hecho. Le ha llamado la atención tu descortesía.

—No era mi intención ofenderle. Siempre he pensado que cuando dos personas se sostienen la mirada es que ambos son, al menos en apariencia, más nobles que los incapaces de hacerlo.

—Puedo asegurarte que el rey es mucho más que noble pues, como sabrás, es dios además de hombre.

Humupep solo alza las cejas por un instante antes de hacer un signo de aquiescencia con la cabeza y sigue a su anfitrión que se está incorporando al grupo en el que va el rey. Mientras lo hace puede

observar que Keops no les ha perdido de vista a los dos mientras hablaban y observa, con curiosidad no disimulada, como Aberkare trae al desconocido.

Todo el grupo, en medio de los vítores y saludos de los obreros, da la vuelta a la pirámide y suben a lo más alto por una de las rampas. Keops lo observa todo y hace preguntas a Ankh-Haf que hace de cicerone. A su lado Jetep permanece callado y solo responde cuando el rey le pregunta directamente. El sirio, desde detrás, acompañado por Aberkare que no se separa de él, observa todo con ojos críticos, pero sin hacer preguntas. Son varias horas de recorridos y comprobaciones antes de que el grupo que acompaña al rey se encamine hacia la pequeña ciudad de las personas importantes.

—Te espero fuera hasta que puedas salir —indica prudentemente Humu pep.

—Tú entras conmigo o todavía no has valorado quién eres.

—Y... ¿Quién soy?

Aberkare no contesta y le cede el paso para que penetre delante de él. Los medjays cierran la puerta y quedan dos de ellos en el exterior. Todo el grupo se dirige hacia la casa más grande y en la que campea en la fachada el cartucho del rey. Son apenas una docena de personas las que penetran en la sala que hay en la planta baja. Keops, de inmediato se vuelve, mira a los ojos de nuevo al sirio, quien de nuevo desafiante se la sostiene, y espeta con claridad:

—Aberkare, acércate con tu nuevo y desafiante amigo. Quiero conocerlo.

Ambos se acercan al rey y Humu pep, se arrodilla y baja la cabeza en señal de sumisión y permanece así hasta que el rey le indica que se alce.

—Conoces el protocolo por lo que veo. ¿No sabes que mirarme te puede costar la vida?

—Majestad, solo si fuerais un rey cruel y quisierais fulminarme con vuestro poder. Sin embargo sé, vuestra fama ha llegado hasta mis lejanas tierras, que sois un dios misericordioso y un hombre que solamente hace el bien a los demás.

—No se puede creer lo que se dice. Casi siempre lo que se cuenta, los rumores, son falsos.

—Sí Majestad, eso cierto, y esa es mi opinión cuando hablan mal de alguien. Sin embargo, cuando se habla bien, poco común por

demás, la cosa cambia un poco. Puede ser falso, pero pocos se molestan en hablar bien. Es más difícil hacerlo y que alguien se lo merezca.

Keops contempla en silencio a un interlocutor que le responde de inmediato con todo respeto, de forma tajante y seguro de sí mismo.

—Aberkare. ¿Quién es?

—Señor, es amigo de Merib. Y lo envía para que se ponga en contacto con vos por si puede seros útil. Traía un mensaje. Es este, señor.

Keops lo coge y lo lee rápidamente. Durante unos instantes permanece silencioso mientras mira al recién conocido con manifiesta curiosidad.

—¿Qué deseáis de mí?

—Nada señor. Venía a Kemi a aprender. Pero Merib alteró mis planes. Yo solo quiero saber más, cada día un poco más. Y con eso ir llenando el mar de dudas y preguntas que desde niño inundan de interrogaciones mi cabeza.

—¿Deseas un buen cargo en la corte?

—¡Oh, no, señor! La sabiduría no se compra con oro. Solo viajando, observando, mirando, leyendo y hablando se aprende.

—Pero el oro da poder. —Indica el rey en un duelo verbal al que todos asisten en silencio.

—El conocimiento sí concede poder, pues él mismo es poder. Sin embargo, yo solo deseo el conocimiento, y no el poder.

—Mas debías saber que el poder se tiene o se recibe, de otro modo nunca se posee.

—Vos lo tenéis majestad, pues lo habéis recibido. Yo no deseo el poder pues el poder te ata a algo que es donde se ejerce ese poder. Yo quiero estar libre para viajar y aprender.

—Los que tienen poder son más importantes —asevera.

—Con la excepción de los dioses, como vos, Majestad, creo sinceramente que «nadie es más que nadie, ni tampoco menos».

—Te estoy ofreciendo poder y oro. ¿No te interesa?

—Señor, de nada sirve dar si la otra parte no quiere recibir.

Keops se encoje de hombros de forma manifiesta antes de hacer la que, claramente, va a ser la postrera pregunta:

—¿Qué deseáis a mi lado que pueda daros que no sea oro o poder?

—Un tabuco con una cama, una mesa y luz para poder leer. Solo deseo, lo digo una vez más, aprender. Si me dais permiso para visitar

los templos y hablar con los sacerdotes, me doy por más que satisfecho, Majestad.

—¿No comes?

Humupep no puede por menos que soltar una carcajada que se le escapa y que trata de retener.

—Perdón Majestad. No era mi intención reírme de lo que habéis dicho. Para mí la comida en Kemi no es un problema. Un poco de pan o cerveza es suficiente para sobrevivir. Con lo que poseo, podría comer durante muchos años.

—Aberkare, ocúpate de todo. Es desde este momento uno de mis consejeros y tendrá permiso para aprender lo que quiera, cuando pueda y en el lugar que desee, siempre que yo no lo necesite.

—Muchas gracias, Majestad. —indica el sirio.

—No creas que lo que te concedo no te obligará a trabajar a mi lado. Aprenderás no poco, pero lo tendrás que sudar.

Humupep va a contestar, mas pensándolo bien, se domina y, solamente, hace un gesto de agradecimiento acompañando a una profunda venia con la cabeza.

Keops pone cara de decepción al no obtener respuesta de su última frase. Los que le conocen bien han podido observar que el rey se ha comportado, ante el factor externo que se ha presentado súbitamente, del modo que lo hacía antaño. Esa combatividad que tenía y que hace años no afloraba, ha hecho un asome que ha alegrado a los presentes. Son conscientes que el recién aparecido es capaz de actuar como revulsivo sobre el apático rey.

Y por ello, todos lo acogen y hablan con él pues puede ayudarles en la subterránea lucha que llevan, tratando de conseguir que Keops vuelva a ser lo que siempre fue. Humupeg ante la buena acogida y las terminantes órdenes del rey, pasa la noche en uno de los edificios cercanos al que ocupa el rey en solitario. Al amanecer, todo el grupo abandona Gizeh en dirección a Menfis. Entre ellos, el sirio camina alternando las conversaciones con arquitectos y secretarios. Cuando más tranquilo se encuentra, un medjay se le acerca y le indica.

—Señor, ¿sois Humupeg?

—Sí, así me llaman. ¿Qué deseáis? —inquire aunque sabe sobradamente que es el rey el que le llama.

—El rey quiere hablar con vos. ¡Ahora!

—Voy de inmediato a su lado.

Y acelerando un poco el paso, se adelanta hasta colocarse al lado de las andas en las que es transportado el rey

–Majestad, aquí me tenéis a vuestra disposición.

–Quiero teneros siempre cerca en el palacio. Creo que sois una personalidad interesante y deseo que me transmitáis vuestras experiencias.

–Lo haré muy a gusto, Majestad.

–¿Habéis viajado mucho?

–Sí, es cierto Majestad. Conozco lugares que pocas personas han visto. Llevo años caminando, navegando y visitando sitios de los que no hay ni noticias de su existencia.

–¿Dónde?

–He ido hacia el lugar donde se pone el sol desde mi patria. Y nunca he podido encontrar el final. Grandes ríos, que hay que cruzar como se puede, altas montañas, con las cumbres cubiertas de agua sólida, blanca y fría. He penetrado en bosques en los que los árboles no dejaban pasar la luz del sol...

El rey le escucha y le interrumpe con preguntas que cortan el hilo de la conversación. Con sus interrogaciones trata de saber más sobre su vida anterior en su país de nacimiento y, sobre todo, de las cosas y lugares que ha visitado a lo largo de su peregrinaje por unos mundos que el rey no conoce, ni cree poder llegar a conocer. El sirio se muestra extrovertido, como siempre lo ha sido. Cuenta, ininterrumpidamente, cosas de su vida y de los viajes que ha realizado que, cada vez, interesan más y más al rey.

Keops le escucha, cuando no le hace preguntas, en silencio, con manifiesto interés. Finalmente le indica a modo de despedida:

–Hablares en palacio en los días venideros. Deseo tenerte siempre cerca. Ahora puedes irte con los demás. Andar y hablar mirándome por este terreno no es fácil, podrías caerte.

–Como digáis Majestad.

Y Humu pep hace una profunda venia y retrasa el paso hasta ser alcanzado por el grupo que le sigue. Los que lo forman, de inmediato, inquieres sobre su conversación con el rey. Están viendo que Keops, por fin, está saliendo del pozo en el que lleva varios años hundido. Y son conscientes, rápidamente, de que el recién llegado es el mayor desencadenante de la nueva y halagüena situación.



## 8

Las dos esposas secundarias de Keops, como cada día, se reúnen en los jardines del palacio mientras los príncipes aprenden en la «Casa de la Vida» del palacio. Con los hijos ya adolescentes y una amistad que las ha unido desde los primeros momentos de conocerse, ambas han hecho un frente común contra las asechanzas de las familias de la primera esposa actual Henutsen y de la fallecida Nefertkau.

—¿Sabes algo de Keops? —Inquiere Nubet que siempre se encuentra menos informada que Meritites.

—No, no hay noticias desde que se fuera a Gizeh. Aunque no creo que tarde en venir, hace demasiado calor y cada vez lo soporta peor.

—Si solo fuera el calor... Lleva unos pocos años que no parece el que era. No sé que podríamos hacer para animarlo un poco.

—Yo —indica Meritites—le doy todo el cariño que necesita. Le escucho y trato de hacerle hablar, le provocho para que haga el amor, pero..., de lo que era, parece no quedar casi nada.

—Lo mismo hago. Uso todos mis atractivos para excitarlo, atraerlo, hacer que pase la noche conmigo y me ame varias veces como antaño: solo en ocasiones consigo que haga el amor una vez.

—Sí, y no es porque exista otra u otras mujeres en su vida. Con Henutsen casi no tiene contacto por lo que sé. Con nosotras se relaciona un poco, como ambas sabemos. Ha cambiado, y mucho además.

—Así es, pero... ¿Qué podemos hacer? —indica Nubet.

—Nada que no hayamos hecho. Ya probé con los filtros de amor, he puesto talismanes en su habitación y los tengo en la mía para cuando viene. Le he regalado, y lo lleva puesto, un amuleto con las diosas del amor: Bastet, Isis y el enano Bes. Y sé que lleva por parte tuya una imagen de Hat-Hor y una imagen de la diosa Libia del amor marital y de la salud. ¿No es así?

—Sí, así es y, a pesar de todos los poderes juntos de tantos amuletos, el rey no ha cambiado. Es como si estuviera enfermo. Ya no sé que más podríamos hacer para que recuperara sus energías y su alegría de vivir.

—Debemos llevar más regalos a los dioses para conseguir su favor. He encargado estatuas de esas divinidades para entregarlas en el templo y que nos concedan sus favores sobre el rey.

Nubet que ha escuchado a Meritites con cierto escepticismo queda silenciosa. Al ser de origen libio, su mentalidad con respecto a los dioses egipcios, y sus posibles intervenciones en las cosas mundanas, es otra. Consciente de que no debe desentonar con el ambiente y las creencias que le rodean, acepta las indicaciones de su amiga y colabora en lo que ella considera oportuno.

La llegada de un adolescente las distrae a ambas.

—¿Te has escapado?

—No. Baka me ha pegado cuando estaba distraído.

Nubet queda seria y pensativa; sus dos hijos siempre están discutiendo. Y desde hace unos meses empiezan a ser más que palabras. No sabe qué podrá hacer con ellos. Se lo ha indicado al rey, el padre de ambos y este se ha encogido de hombros al tiempo, recuerda, que respondió: «Es cosa de hombres. Bueno es que aprendan a defenderse. Les hará falta en el futuro». Sin embargo, la princesa libia, y tercera esposa del rey, no comparte el criterio de este. Él no vive el cotidiano vapuleo al que se someten ambos hermanos, ni sabe nada de las constantes peleas con los príncipes de las otras esposas del rey. Empieza a estar cansada de restañar heridas y ver durante días labios rotos y ojos oscuros.

—Si te ha pegado será, como siempre, porque le has hecho algo, ¿no es así Djedefre?

—¡No! Es porque me odia. Siempre me ha odiado.

Meritites permanece callada. Sus hijos Kawab y Hordjedef, de edades similares a los de Nubet, también discuten y pelean con frecuencia, dando lugar a situaciones similares.

—Vuelve a la Casa de la Vida. Ya me ocuparé a la tarde de castigar a Baka.

—Sí. Pero un buen castigo: que se acuerde de él mucho tiempo —indica satisfecho al tiempo que se aleja hacia el otro lado del palacio.

Las dos mujeres se miran por unos momentos con un mutuo gesto de comprensión. Meritites rompe el silencio:

—Me preocupa, igual que a ti, la violencia que hay entre los príncipes. Se odian entre ellos. Y ese odio, y sobre todo las motivaciones, están dando lugar a que se peleen hasta entre los hermanos.

—Y eso ahora que son unos niños. Me preocupa mucho más el futuro. Si ahora se pelean, dentro de unos años se matarán.

—¡Qué exagerada eres, Nubet!

—No creo que exagere. Llegar a ser rey hará que se produzcan serios enfrentamientos.

—No. Keops en breve señalará al que quiere que le suceda y dará tierra y órdenes para que se hagan tumbas para los que no desea que lleguen a rey. Eso les indicará que deben abstenerse de toda maniobra con el que él señale.

—Eres muy ingenua, Meritites. Eso señalará al futuro rey de manera clara y los demás se unirán contra él.

—Estoy segura de que no. —Indica pensativa Meritites— Si algo tengo claro es que nunca se pondrán de acuerdo los príncipes. Y menos lo harán sus familias para ofrecer resistencia al elegido o atacar contra uno de ellos.

—No comparto tu idea; el tiempo lo dirá. Lo que sé, me lo han dicho mis hijos, es que en la familia de Henutsen tienen otras ideas. A los príncipes Minkaf y Khufu-Khaf les preparan para ser astutos y violentos. Al mismo tiempo les indican que ellos son los únicos que tienen derechos a la sucesión y ellos se lo dicen a los otros y les amenazan con lo que harán cuando lleguen al poder.

—Mis hijos no me han dicho nada de eso.

—Pregúntales sobre ello. Y ya me dirás. —Indica Nubet al tiempo que encogiéndose de hombros arranca unas ramas amarillentas y secas de una gran planta de adelfa que rodea una alta palmera, al lado del banco de piedra en el que están sentadas.

Las dos mujeres se alzan e inician, como cada día, un paseo que las llevará hasta el puerto que queda dentro del palacio.

—¿Te acuerdas de los paseos al atardecer con la Reina Hetep-Heres? —Indica súbitamente Nubet.

—Cómo no voy a recordarlo. Fue una época feliz. Keops nos amaba a las dos y repartía su tiempo entre tu lecho y el mío. Y ambas éramos amigas y no sentíamos celos. Solo queríamos su felicidad.

—Sí, es cierto, el tiempo lo ha alterado todo. La reina murió. Robaron su tumba...

—No lo cuentes otra vez, ya sabemos las causas, ahora debemos encontrar un modo de resolverlo.

—Piensa en algo. Yo lo hago cada día.

—Y yo, pero no se me ocurre nada.

Ambas son demasiado soñadoras para aceptar la realidad. Una certeza que no quieren ver. Y sin embargo, son conscientes de que el tiempo en su devenir, en su continuo e inexorable camino hacia adelante, lo ha ido alterando todo. Sin embargo, pragmáticas, han aceptado lo que la vida les ofrece y la gozan dentro de los límites que la misma les ofrece sin tratar de cambiar lo inalterable.

Las dos llegan al puerto interior que se ha terminado de construir hace varios años y en el que el gran tamalego del rey y la nave que fue de su madre, la reina Hetep-Heres, permanecen amarrados.

—Ahí tienes la nave de Hetep-Heres pudriéndose y no podemos hacer nada pues Henutsen, la reina madre, no la usa para nada.

—Se la podíamos pedir, quizás nos la deje para salir a pasear por las tardes. —Indica Nubet.

—Ya lo hice hace tiempo. Y después he vuelto a pedírsela otra vez.

—¿Y qué te ha dicho?

—No me contesta. Habla de otra cosa.

—Mira la tonta. Para fastidiar si que es lista.

—Nunca la he considerado tonta. Sabe que el rey no la quiere..., salvo para tener hijos. Se ha acostumbrado a ello y vive una vida extraña, solitaria. Ni siquiera nos odia a ti y a mí. Y sabe que el rey sí nos ama a nosotras, mas no le importa.

—Podía dejarnos la nave.

—Es uno de los símbolos de su poder y nunca lo hará.

—Le pediré a Keops que nos proporcione un barco para las dos. Uno solo. Aunque no sea muy grande —Indica Nubet— Yo creo que nos lo dará si ambas se lo pedimos. ¿Te parece?

—Sí, lo haré. Sería estupendo salir cada tarde, al ponerse el sol a dar un paseo por el río.

—Y podríamos invitar al rey alguna tarde. Recuerda como disfrutaba cuando salíamos hace tiempo...

Y las dos mujeres, mientras pasean, fantasean y recuerdan el pasado con una extraña mezcla de sensaciones. Ambas entienden que lo que desean solo son unos recuerdos que saben, con añoranza, no podrán volver atrás. Desde hace tiempo, y no sin dolor, aceptan que aunque las vivencias pasadas fueron buenas, solo lo fueron mientras se vivieron. Y saben, y admiten con amargura, que no es posible cambiar el presente por un pasado perdido en las arenas del tiempo.

## 9

El regreso del rey al palacio se realiza discretamente, en la forma en la que quiere que se haga salvo en ocasiones excepcionales. En escasos días toda la corte palaciega es consciente que algo ha cambiado en el rey. Keops empieza a desarrollar una actividad inusitada que recuerda los viejos pasados.

Su apatía y pereza de los zagueros años, es sustituida por una actividad que tenían olvidada sus más directos colaboradores. Los magos han recibido su visita y con ella les ha llegado un soplo de alegría y la actividad en el cuchitril subterráneo, aletargada, se pone de nuevo en marcha.

Meritites y Nubet están de nuevo contentas. Han recibido visitas del rey y les están preparando una nave para los paseos vespertinos que desean hacer. Y Keops les ha prometido que saldrá con ellas cuántas veces le sea posible.

Durante varios días, incansable, el rey se enfrenta con toda una serie de temas que tenía abandonados. Nombramientos de civiles y militares de alto nivel, cambios de personal en los templos, autorización para que se inicien las obras prometidas a diferentes nomos, importaciones de grandes cantidades de madera para las obras y para los carpinteros de ribera que están construyendo barcos.

—Señor —indica el secretario Velep—, el arquitecto Ankh-Haf ha pedido madera especial para la «Casa de la Eternidad» de su Majestad.

—¿Madera especial? ¿Qué clase de madera? ¿Y para qué?

—Ya se ha traído en otras ocasiones para hacer palancas. La madera de pino es blanda para ese trabajo. Es una especial que se trae muy del norte de Retenu, más allá del río Orontes y de los montes Zagros.

—Pídela. Lo que sea necesario, se adquiere.

Velep y Aberkare se miran con un gesto manifiesto de alegría. Llevan varios días comprobando que Keops ha salido del estupor en el que lleva desde hace varios años y, rápidamente, vuelve a ser el que era y el que ellos respetaban.

—Señor, no hay nada más pendiente, salvo que queráis indicar otras cosas.

—No. Que venga Humupep. Quiero hablar con él y no deseo ser molestado por nadie. No estoy para nada, ni para nadie.

—Lo he captado en su más extenso sentido. Así se hará. Envío a buscar «al sirio».

Un momento después Humu pep penetra en la sala y desaparece con Keops en dirección a su zona privada. Varios medjays se colocan en los accesos.

En el interior, Keops indica una silla y se sienta en otra cercana. Durante unos instantes ambos se observan sin hablar. Humu pep, como es su costumbre, no pestañea a pesar del escrutinio al que le somete el rey. Al igual que anteriormente, sostiene la mirada mientras nota que el rey penetra más allá de sus barreras más elementales, que él abre dejando sin resistencia su mente. El sirio, que también conoce y practica las técnicas de la introspección y la telepatía, percibe con claridad que el rey, como iniciado, tiene un nivel muy alto, mucho más que el suyo. Y toma nota mental sobre la posibilidad de mejorar todo lo que pueda en ese aspecto que sabe, lo ha oído muchas veces, dominan los egipcios muy por encima de los países limítrofes.

—Dame el papiro que escribió Merib. —Indica rompiendo el silencio.

El sirio introduce la mano entre los pliegues de la camisola en la que se envuelve y saca el cilindro que le alarga. Lo lee lentamente y lo devuelve.

—Ya veo que os hicisteis muy amigos en poco tiempo. ¿Qué pensáis de mi hermanastro e hijastro?

Durante unos instantes medita la respuesta. Mientras ha sido escudriñado por el rey, él ha aprovechado para, a su vez, ver al rey sin defensas, como realmente es. Y se ha dado cuenta que el rey no es una persona vacua, sino profunda, de buenos sentimientos y con una insaciable curiosidad. Y ha captado con claridad que Keops desea que le aporte toda la información que pueda de su experiencia. Y también ha podido percibir que el rey, a su vez, se encuentra bien dispuesto para colaborar con sus deseos de aprender pues al igual que el dispone de información que le interesa.

Por unos instantes, Humu pep valora la situación y se pregunta cuál debe ser su conducta. Contestar todo lo que el rey quiere saber, le deja desnudo delante de él. Si no dice nada, el rey le despreciará y tendrá que buscarse la información como ha venido haciéndolo hasta el presente. Viajando, caminando y preguntando durante días hasta obtener un mínimo de información. Por el contrario, si el rey quiere

ayudarle se abrirán las puertas al misterio mayor y tendrá acceso a los arcanos más importantes que hay en el mundo conocido.

Keops, leyendo sus pensamientos, le mira con una sonrisa apenas insinuada, mientras contempla, desde lejos su lucha.

—Merib es un muchacho, mejor dicho, es ya un hombre que sabe perfectamente lo que quiere y luchará por ello. Confía en vos, y está seguro que no le defraudaréis —indica el sirio.

—Habéis elegido bien. He percibido vuestra lucha, vuestra lógica resistencia a abrir el corazón a alguien y habéis ponderado los pro y los contra, tomando finalmente vuestra decisión.

—Lo hice por interés, Señor. Quiero aprender y vos podéis ayudarme mucho.

—Eso indica que es más importante para ti aprender que dejar desnuda tu alma.

—Sí Señor, es cierto. Mi alma puede mostrarse sin miedo desnuda pues no tengo nada que ocultar.

—¿Queréis ser iniciado como un sacerdote egipcio?

—¡Oh, sí Señor!

—Es un proceso largo, tedioso, sacrificado, de entrega a la comunidad en la que os iniciéis. ¿No os importa perder ese tiempo? — indica el rey con una mueca inescrutable en el rostro.

El sirio sonrío mientras mantiene la neutra mirada del rey y, al cabo, expone.

—Señor, ambos sabemos que a mi edad, y con mis conocimientos previos y voluntad de aprender, no será necesario tanto tiempo como para un joven que se inicia en la vida y es tierra virgen que labrar.

Keops permanece callado. Humu pep prosigue:

—Señor, yo soy ya arcilla en la que se ha sembrado y cosechado muchas veces. Hay en mí mantillo suficiente para que cualquier idea nueva florezca potente y llena de vida.

—Es cierto. En todo caso tendrás que ir por un tiempo y estar interno en el templo que yo elegiré. ¿Estás dispuesto?

—¡Haré lo que me indiquéis! —Acepta.

—Ahora que hemos sentado las bases de nuestro acuerdo, recuerda que buscar no significa encontrar, aunque puede ayudar a ello.

—¿Por qué decís eso? —inquiere extrañado Humu pep.

—Creo que estáis buscando, aunque no sabéis el qué. Y si no, decidme: ¿qué es lo que queréis saber?

El sirio queda circunspecto, silencioso, concentrado tratando de encontrar una respuesta a lo que le ha indicado el rey. En realidad comprende qué busca, mas solamente una palabra le acude a su escrutinio: «más».

—Tenéis razón, Señor. Busco, busco, aunque nada concreto. Solo me viene a la mente que «quiero saber más», pero no puedo saber el qué, pues si lo supiera no tendría que aprenderlo, ya lo sabría.

—Es cierto, tenéis muy claro que hay, que tiene que haber más. Y es ese «más» el que os interesa.

—Así es, Señor. Pero... ¿Hay más, verdad?

—Podéis estar seguro que sí. Y, sin embargo, lo que aprenderéis no suele ser de gran utilidad en un mundo en el que la mayoría de las cosas con cierta profundidad no cuentan. ¿Para qué saberlas?

—Nunca he valorado la utilidad de los conocimientos. Me basta con tenerlos. Saber..., saber..., sí, es cierto: «uno no es más que lo que sabe». —Sentencia el sirio y queda expectante esperando la contestación del rey.

—Me basta para saber dónde, cuánto tiempo y con quién debo mandarte. Marcharás en unos días hacia el norte, a Busiris. Allá hace tiempo que se encuentra el hombre ideal para que aprendas con él. Vuestras discusiones os harán caer el pelo a los dos, pero al final de la calleja en la que empecéis, brillará la luz y tú mismo iniciarás el retorno a mi lado.

—¿Cuándo podré irme?

—¿Te parece muy tarde mañana? ¿O prefieres salir para allá ahora mismo?

—No, Señor. El tiempo solo cuenta en grandes cantidades. Recordad, Señor, que aunque el tiempo es inmutable, conforme uno tiene más edad, parece discurrir más aprisa.

—Tú eres aún muy joven, tienes mucho tiempo por delante.

—La juventud, como la vida, solo es un momento, un estado no definitivo, y hoy es ya ayer... —acepta Humupeq.

Keops mueve la cabeza con satisfacción.

—Luego daré órdenes para que Hekepre os reciba y os dedique todo su tiempo. Iréis en barco, así llegaréis pronto, joven impaciente. Ese hierofante es un hombre tan inefable como duro. Fue mi maestro



hace mucho tiempo. Y supongo que seguirá vivo. Hace años que no sé nada de él.

—Bien, Señor. Haré lo que indiquéis.

—No será fácil. Os hará sufrir. Tendréis que descubrir las cosas por vos mismo y llegar a vuestras propias conclusiones. Él nunca responderá a una pregunta, solamente os pondrá en el camino de poder hacerlo. Nunca estaréis seguros de nada, pues él tampoco lo está. Ampliaréis vuestra visión, pero las dudas siempre estarán presentes. Se os mostrarán como una posibilidad más, al igual que lo que creéis saber.

—Lo sé, Señor. Son esas dudas las que me hacen ir hacia adelante, en busca de la verdad.

—¿La verdad? ¿Qué es la verdad? —pregunta el rey.

Humupez queda silencioso buscando una respuesta. Pero no es fácil encontrar una definición para lo indefinible. Finalmente indica:

—Solo lo muy sencillo lleva el sello de lo que es verdadero.

Y Keops se encoge de hombros, pues la respuesta no le dice nada.

Durante horas, hasta después de la puesta del sol, el sirio habla y el rey escucha, interrumpiendo, en algún momento ocasional, con alguna interrogación muy concreta.

La llegada de la noche les detiene en su conversación. Keops rellena un papiro que es refrendado con el sello real y sella una orden para el barco que le llevará hacia el norte.

Al amanecer, cuando las estrellas todavía no han apagado su titilante resplandor, el sirio está ya sentado sobre el noray al que se amarra la nave que ha de llevarle a su nuevo destino.

## 10

En las escondidas salas bajas del palacio, los magos de Keops descansan y charlan después de una larga jornada de experimentos y de escribir las conclusiones de lo realizado. Desde que, hace mucho tiempo Harata, el mago hindú les abandonara, sin ni siquiera despedirse de ellos, la situación ha cambiado. El abandono y despego de Keops hacia la magia les ha mantenido en un desinterés en el que, apenas, si han avanzado en los temas por los que, tiempo atrás, estaban interesados.

Cuando el mago hindú desapareció sin dejar señales ni que nadie le viera irse, el rey, aparentemente apesadumbrado, volvió durante un tiempo a contactar con sus magos y durante un corto espacio todo pareció volver a lo que fuera antaño. Nuevos papiros se fueron llenando de ideas y conclusiones. La situación no duró mucho. Lentamente, de modo muy paulatino, los períodos de ausencia se fueron alargando y los magos volvieron a su apatía.

La súbita entrada de Keops, en la sala en la que los tres magos descansan antes de salir a su paseo vespertino, les sorprende agradablemente. Los tres se alzan en un impulso común y se abalanzan en dirección al rey.

—¡Señor! Ya era hora de que vinierais por este lugar —indica Puaneb, el mago nubio y el más antiguo en la compañía del rey—. Nos tenéis totalmente olvidados.

—Olvidados poco es, muertos y enterrados su memoria en estamos. —Asegura Mohentu que a pesar del paso del tiempo sigue expresándose en un egipcio desastroso. —Hora es volver aquí y qué hacemos saber.

Keops, una vez más al escucharlo, no pude por menos que hacer un esfuerzo para contener la risa. Sabe que el mogul es muy sensible a que se ríen de su forma de expresarse. El rey sabe que su lenguaje materno no tiene la menor relación con el empleado en Kemi y acepta que, al menos, se le entiende con cierta facilidad. Conteniendo la hilaridad que tiene a flor de labios, recuerda otros tiempos en los que todo había que adivinarlo.

—Tenéis razón. Pero todo va a cambiar. Un extranjero ha llegado hasta mí y... no sé el motivo, he hablado con él y me siento alegre y dispuesto a cambiar mi apatía y desilusión, por un interés enorme en hacer cosas.

—Esperemos que dure más tiempo que la última vez —indica con gesto de incredulidad el mago libio Horub, como siempre muy comedido en aceptar los hechos.

—Sí, os lo prometo —indica Keops que comprende y acepta los reproches velados y manifiestos con los que ha sido acogido—. Esta vez sí será verdad, pues tengo nuevas ideas de cosas que tenemos que hacer.

—¿Cómo cuáles? —Pregunta Puaneb que desde hace tiempo se ha erigido en el jefe del grupo y en cierto modo su portavoz.

El rey queda por un momento silencioso mientras nota los taladrantes ojos de sus magos clavados en los suyos y cómo van penetrando en su cerebro y escarbando en una ansiosa búsqueda de lo que les ha dicho.

—Quiero hacer un viaje con vosotros a una zona desconocida de la que me ha hablado Humupep.

—¿Viajar con nosotros? —Inquiere con una sonrisa escéptica Puaneb—No lo creo: nunca lo haréis.

—¿Quién ese ser? —Inquiere Mohentu que siempre muestra reserva y celos ante las novedades que afectan al rey.

—Es un sirio que viene muy del norte. Su padre era egipcio y es un sunu, un médico que quiere saber más, igual que vosotros.

—¿Qué y de qué es lo que cree saber? —interroga Horub al que la curiosidad, un anhelo innato invencible, siempre le fuerza a adelantarse a los acontecimientos.

—Ha viajado mucho, ha visto muchas personas y cosas en zonas de las que no sabemos nada. Creo que nos puede ser muy útil.

—Todo verse será.

—¿Cuándo lo conoceremos?

—Se irá mañana hacia Busiris para empezar a aprender y hacer su iniciación.

—No, mejor estaría quedarse tiempo para nosotros enseñar algo. —insiste Mohentu.

—Sí, tiene razón Mohentu. Creo que sería mejor que se quedara un tiempo y nos enseñara y él aprendiera algo. Si no cree en la magia, le podemos enseñar un poco como hicimos con Aberkare.

—Por eso he venido a hablar con vosotros. Veo que lo acogeréis bien. Y él no solo cree en la magia, sino que sabe bastante de ella.

—indica Keops aclarando el tema.

—Mejor —indica Horub—. Eso facilitará todo.

—¿Queréis conocerlo esta noche?

—Momento cualquiera bueno está.

—Esta noche, a la puesta del sol, subid a mis aposentos y comeremos allí con él. Y así, entre todos, le diremos que retrase su viaje a Busiris.

—No tenéis más que darle una orden —indica Horub.

—¿Alguna vez os he dado una orden a vosotros?

—Es cierto, Señor. Nunca nos habéis forzado a nada.

—¿Creéis que debo forzar a un amigo que acabo de conocer? No, será mejor que se lo digamos; seguro lo aceptará sin más.

—Mejor hacer así cosa que él querrá solo.

—Os espero a la puesta del sol. Y no uséis vuestros poderes para verlo por dentro como si escudriñarais las tripas de un animal sacrificado. El os dirá lo que queráis saber..., tal como lo ha hecho conmigo ¿De acuerdo? —les indica e interroga al tiempo que inicia la salida de la sala.

Los tres magos aceptan con un gesto ambiguo que Keops conoce hace tiempo. En él expresan que les gustaría más desnudar al recién conocido, que esperar a que este se vaya mostrando lentamente tal cual es.

La puesta del sol reúne a los invitados del rey en su sala privada. Aberkare hace tiempo que se ha ocupado de mejorar los aposentos del rey dado que él, siempre austero, no parece preocuparse de la comodidad. Los arquitectos han tirado varias paredes ampliando la habitación inicial con aposentos vecinos. Y así ha dejado una amplia sala para cuando Keops quiera, como hace con frecuencia, reunirse fuera de los salones de audiencias.

La entrada de los tres magos, con sus particulares atuendos, hace abrir los ojos desmesuradamente a Humu pep. Sin embargo, disciplinado no suelta la carcajada que tiene, por unos instantes, a flor de piel. Sin embargo, de inmediato aprecia que los recién llegados no son unos vulgares charlatanes como muchos de los que ha conocido en su tierra y a lo largo de sus viajes. Ha notado el impacto de sus mentes en la suya por unos instantes, pero de inmediato la presión ha desaparecido. Pero para Humu pep ha quedado muy claro que ha sido un aviso, ínfimo pero manifiesto, para que los tome en consideración.

—Pasad —indica Keops y, señalando añade—. Este es Humu pep. Nuestro amigo del norte.

Los tres magos hacen un gesto bajando un poco la cabeza en señal de reconocimiento, que es correspondido por el señalado.

—Estos son mis magos: Puaneb, Horub y Mohentu.

Los cuatro se observan por unos instantes bajo las miradas curiosas del rey y de Aberkare. Son solamente unos instantes mientras la empatía penetra y se va a producir la correspondencia, positiva o negativa, entre los cuatro. Keops, vivamente interesado, no pierde

detalle. Puede apreciar, satisfecho, que, en breves instantes, la personalidad y el aura del sirio han sido vistas y aceptadas por los magos. Y Humu pep, cuya expresión inicial era reservada y tensa, se ha relajado y sonríe sin la expresión de hilaridad mordaz que suele provocar la vista de los tres estrafalarios magos.

—Sentaos —indica el rey, señalando unos taburetes en torno a la mesa que los coloca frente a él y a los otros dos presentes. Los magos lo hacen en silencio y con lentitud. No parecen tener prisa. Keops sabe que su comportamiento es la muestra de su paradójica inseguridad cuando salen de su entorno habitual. Es, precisamente, ese el motivo por el que el rey les ha hecho salir de su cubil. Al sentirse menos seguros, aceptarán mejor al sirio y al tema que quiere proponerles.

—Humu pep conoce y ha visto algo que lleváis un tiempo sin resolver. ¿Os importa —indica Keops al sirio— quedaros un tiempo antes de iros a Busiris?

—No Señor, no me importa. Haré lo que digáis.

—Nunca impongo nada a mis amigos. Os dije una cosa y mantengo lo dicho. Solo tenéis que decidir.

—Me quedo mientras pueda ser útil. Si me fuera, sabría que me estaríais esperando y eso me distraería.

—Lo aceptamos —indica el rey— Humu pep ha visto cosas que desearíais saber.

—¡Ya! —Acepta Horub—. ¿La fabricación del metal duro?

—Eso es. Hace tiempo que no os pregunto como va; claro que, si supierais algo, seguro que me lo habríais dicho. ¿Es así?

—Sí y no —indica Puaneb—. Sabemos más que sabíamos, aunque no lo suficiente.

—¿Qué es lo que tenéis de nuevo?

—Al cobre le falta algo que lo endurece con el fuego. A veces lo conseguimos, un tanto, añadiendo tierras de diferentes sitios. Pero no conseguimos la dureza que tienen el cuchillo y la punta de lanza que han traído del norte.

Humu pep hace un gesto que es detenido de inmediato por el rey que inquiere a los magos:

—¿Habéis llegado a alguna otra idea sobre ello?

—Sí. Hay una tierra que añadimos al cobre caliente y que, a veces, lo endurece y otras lo contrario. Si calentamos solo la tierra no pasa

nada. Hemos pedido que nos traigan más, pues nos dieron muy poca. Es de muy lejos y tardará.

—Humu pep, ¿qué puedes decirnos de esto? ¿Sabes algo?

El sirio queda circunspecto durante unos instantes antes de empezar a hablar:

—En mi tierra, y sobre todo más al oeste, en esas zonas desconocidas en las que he estado, he podido ver piezas de metal muy duro, que se usan para cuchillos, puntas de flecha, lanzas e instrumentos para los médicos. Las piezas siempre son pequeñas, como estas — indica sacando de una bolsa que tiene al lado una pieza de tela que envuelve un conjunto de instrumentos con diferentes aspectos. Nunca las ví mucho más grandes.

—¿Las hicieron para ti? —pregunta interesado Puaneb, con los instrumentos en la mano, mientras trata de doblar uno de ellos.

—Sí.

—¿Y viste cómo lo hicieron? —Interroga Keops.

—No.

—¿Por qué?

—No me dejaron. Vieron los que tenía de cobre y me los dieron unos días después casi iguales, pero más duros.

—¿Qué más vistes?

—La forma en la que fundían el metal, eso sí pude verlo. No lo ocultaban. Estaba en unos galpones con techos de madera pues allá llueve mucho.

—¿Muchas personas soplando por las cañas?

—No. Usan cañas, sí, pero nadie las sopla. Había varios muchachos sentados que movían unas pieles amarradas a unas grandes vasijas de barro de las que salían las cañas que iban al fuego.

Durante unos instantes hay un silencio sepulcral. Los magos se han mirado y los tres, al mismo tiempo, miran a Humu pep y este muestra el desconcierto de verse agredido con violencia por las tres potentes mentes de los magos.

—¡No! Os lo he prohibido —indica Keops furioso.

Y de inmediato los tres desisten y Puaneb trata de justificarlo.

—Solo queríamos ver la imagen de lo que él vio.

—El lo explicará, nos hará dibujos, o lo que haga falta. Pero eso no. Es un amigo que nos lo explicará todo.

Los tres magos hacen un gesto compungido hacia el sirio que, con un movimiento de cabeza, les acepta la disculpa.

—Creo que unos dibujos serán lo más útil. Yo los hago de forma aceptable. ¿Hay...?

Pero ya Aberkare se ha levantado y viene con papiros y utensilios de escritura que coloca delante del sirio. Los tres magos, como si existiera una sinergia, una comunión de pensamientos, se levantan al mismo tiempo y se colocan detrás del que se dispone a dibujar.

El cálamo de caña afilada recorre el papiro dejando un impronta de líneas que en los primeros momentos no tienen sentido para los magos. Pero las líneas empiezan a confluír y las figuras de varios muchachos que usan manos y pies para mover unos cueros que hay amarrados a unos recipientes de barro, situados en el suelo, se van perfilando de forma tan clara que, al unísono, los magos exclaman:

—¡Claro! Así el aire es más constante y el calor será mayor.

—¿Lo entendéis? —pregunta el rey.

—Hay que empezar a construirlos de inmediato.

—Pues adelante.

Humupep termina de hacer el esbozo. Este, de inmediato pasa a poder de los magos que, con las cabezas juntas, lo observan y cuchichean.

—¿Había algún tipo de tierra en el suelo o por los alrededores?

El sirio trata de recordar. Cerrando los ojos queda quieto por unos instantes mientras trata de recrear una imagen de lo que pudo ver en aquellos días. Al momento, dándose una palmada en la frente, indica alegre:

—Sí, ahora lo recuerdo. Cerca del fuego había unas piedras muy raras: negras y brillantes, en un montón. Y ví que las echaban al fuego, y en un gran cajón de madera tenían una tierra de color muy oscuro; estaba muy deshecha, era casi polvo...

Para cuando la reunión se disuelve, bastante tiempo después, los magos han concretado diversos aspectos de lo que Humupep había visto, aunque no lo había sabido interpretar. Han quedado en reunirse a la mañana siguiente para mostrarle tierras y piedras e intentar que reconozca las que vio entre el material que ellos tienen.

## 11

La «Casa de la Vida» se encuentra situada en una zona periférica de la gran aérea que ocupa el palacio. Lo que antaño fue un minúsculo lugar, destinado solo a la educación de los hijos del rey, se ha ampliado de forma manifiesta para dar cabida no solamente a estos, sino también a príncipes de segunda y posteriores filas, así como a los hijos de los principales de palacio.

El edificio es una casa de piedra y adobe de dos plantas, extensa y dotada de un gran patio central. En él los escolares practican los diversos deportes que forman parte de su educación, sobre todo las artes militares más básicas. Pero también es el lugar en el que los príncipes, burlando la escasa vigilancia que hay sobre ellos, se enfrentan entre sí.

Todos en el palacio saben que hay tres bandos claramente definidos y que conforme el tiempo pasa y los príncipes se hacen mayores, la tensión va subiendo de tono. El rey ha prohibido que se intervenga pues, para él, esa lucha debe formar parte de su educación.

Cuando la plancha de cobre resuena con su voz metálica y bronca, no discurre demasiado tiempo antes de que un grupo de poco más de una veintena de mozalbetes de diferentes estaturas salga, lentamente, por un estrecho arco que se abre al patio con suelo de arena. Los muchachos tienen el torso tostado por el sol pues únicamente visten una corta faldilla que les llega a la mitad del muslo. Todos visten igual y solo los diferentes collares que llevan al cuello, o ajorcas en los brazos unos pocos, los distinguen. Más de la mitad conservan aún la trenza de la juventud que les cae hacia el lado derecho mientras el resto de la cabeza se encuentra afeitada. Los demás, con edades superiores a los diez años, han sido ya circuncidados y se les considera hombres por lo que pueden llevar un pelo muy corto.

Conforme salen se dirigen a diferentes puntos del patio. Son lugares muy próximos, aunque separados, mostrando que es una norma instituida por la costumbre. En un momento hay tres grupos netamente diferenciados. Uno de ellos es más numeroso que cada uno de los otros dos. Es el clan formado por los hijos y amigos de dos de las esposas reales: Meritites y Nubet. Como ambas siempre han sido amigas, sus hijos forman ya una camarilla opuesta a los



otros dos corros. En él se encuentran los dos hijos de Meritites: Djedefre y Baka y los dos de Nubet: Kawab y Hordjedef, junto con un buen número de amigos de ambos.

En otro de los clanes, el segundo en número de componentes, se encuentra el príncipe de más edad y al que se considera como el más inteligente y peligroso de todos los príncipes. Es el hijo varón de la fallecida Nefertkau, el primogénito de Keops, el príncipe Snefru-Khaf. Por su posición y personalidad, se encuentra rodeado y secundado por diversos amigos que le obedecen ciegamente en todo momento.

El tercer grupo lo forman los hijos de la actual Reina Madre, Henutsen. Se encuentra formado por tres príncipes cuyas edades no llegan a diferenciarse en un año: Minkaf, el mayor, Khufu-Khaf que le sigue; el tercero, Kefrén, lleva todavía la trenza de la juventud a pesar que su aspecto y estatura indican que, en breve, será circuncidado y alcanzará el estatus de adulto.

—Te ganaré esta tarde, una vez más, con el arco. —indica Minkaf, imprudente y pendenciero, señalando descaradamente a Snefru-Khaf.

El señalado hace como si no le hubiera visto y sigue hablando un poco más alto con los que le rodean.

—Cada día está más tonto Minkaf —comenta Djedefre en una voz lo suficientemente alta para que sea escuchada por el interesado.

—Y a ti te digo lo mismo —vuelve a gritar Minkaf mirando con rabia al que le ha llamado tonto.

Djedefre adopta la misma conducta ya observada, y hace como si no hubiera oído nada.

Kefrén indica a su hermano mayor en un susurro:

—Gánales esta tarde, pero no se lo digas. Si te vencen perderás varias veces más, por perder y por hablar.

—Algún día, cuando sea el rey, les pondré la cabeza entre las piernas después de que se las corten —indica irritado Minkaf.

—Son tus hermanastros —indica de nuevo conciliador Kefrén a su hermano mayor.

—Tú te callas, enano. Cuando tengas un pene de hombre, entonces escucharé tus opiniones.

—Pues va a ser muy pronto. La próxima fiesta del Sebi es dentro de una estación y será para unos sesenta jóvenes según me han dicho.

—Espero que te portes como un hombre y no llores como una niña.

—¿Supongo que lo dices porque tú lloraste?

—Ya te gustaría portarte como yo lo hice. Ni un quejido en una semana —indica fatuo Minkaf.

—Si tú pudiste, yo lo haré todavía mejor —asevera Kefrén como siempre, muy templado y comedido.

—¡Bah! Vete con las princesas a la zona de mujeres a jugar que es donde debes estar.

Kefrén sonrío quedamente y no responde. Khufu-Khaf, el segundo hijo de Henutsen, siempre ha tenido miedo de las reacciones violentas de su hermano mayor Minkaf. Sin embargo, más inteligente que este, nunca se define en las constantes disputas en las que trata de llevar la razón dentro y fuera de su círculo.

—Tú sigue discutiendo con nosotros para que las otras familias sepan que no estamos unidos entre nosotros —indica el siempre juicioso, aunque peleón, Kefrén.

A escasa distancia Djedefre, que manda en su grupo, está organizando una excursión al desierto para los próximos días libres que van a disfrutar. Son las fiestas de la primavera y la subida del Nilo que está anunciada para dentro de escasos días.

—Como podemos encontrar algo de caza, o algún animal salvaje, debemos llevar arcos y cuchillos.

—Los medjays que nos acompañarán se ocuparán de los animales salvajes —indica Kawab—de modo que solamente podremos cazar, como siempre, si es que aparece algo.

—Eso siempre será así. El rey les ha dicho que no volverá a admitir un solo accidente a uno de sus hijos y eso hace que cada uno de nosotros tenga un negro al lado hasta para dormir —añade Hordjedef.

—Si pudiésemos ir nosotros solos...

—Sí, eso sería lo mejor; sin embargo, el rey, tu padre, quiere que siempre los hermanastros vayamos juntos. —Indica Baka.

—Siempre me dices ;tu padre!, como si no fuera también el tuyo.

—Sí, es una manía que tiene —añade Hordjedef.

El sonido del gong les moviliza de inmediato. Es otro de los momentos del día en los que la continua competición entre los grupos se muestra con más claridad. Deben correr, saltar y, finalmente, sin tiempo para descansar, competir en el tiro con arco y el lanzamiento de hachas.

Los mentores los ordenan separándolos en tres grupos según las edades y les dan la orden de iniciar las vueltas al patio. A lo largo del recorrido hay maderas y plantas que tienen que salvar.

Nada más dar la salida, como cada día, Minkaf arranca con furia. A escasa distancia detrás, Khufu-Khaf, sin un esfuerzo aparente, le sigue manteniendo una distancia que puede recuperar cuando se lo proponga. Reservando sus fuerzas, como hace cada día, consigue en cada ocasión ganarle al final de la carrera. Djedefre, que corre emparejado con Khufu-Khaf, indica:

—Será estúpido tu hermano. Todos los días hace lo mismo y siempre pierde.

—Es cierto. Tú sí puedes ganarme, pues sabes reservar tus fuerzas, pero nunca lo haces —contesta resoplando Khufu-Khaf.

—¿Sirve para algo ganar cada día la carrera?

—A mí me importa ganar a ese idiota.

—Tú sabrás, pero luego yo os gano a los dos con el arco. Déjale que gane por una vez. Quizá se quede satisfecho y no te moleste más.

Mientras corren emparejados, con un ritmo idéntico, Khufu-Khaf piensa en la propuesta que le han hecho y decide dejar que gane Minkaf y así observar lo que ocurre.

—Me gustaría que fuéramos amigos —indica Khufu-Khaf— de todos ellos eres con el que mejor me entiendo. Es una pena que no tengamos la misma madre.

—Sin embargo, pienso, ¿es obligatorio que nos llevemos mal?

—En realidad, no. ¿Podríamos hablar esta noche a solas? —pregunta Khufu-Khaf.

—Después de cenar, te espero en el jardín al lado del sicómoro grande. ¿De acuerdo? —Acepta Djedefre.

—Sí. Voy a dejar que gane ese tonto y...

—Y nosotros entramos al mismo tiempo.

—De acuerdo.

Y los hechos se desarrollan tal como han acordado. Minkaf, ebrio de alegría por haber ganado, demuestra puerilmente su estupidez en forma de gritos, saltos y palabras de desprecio hacia los demás. La excitación hace que hasta los más pequeños consigan más dianas sobre las piezas de cobre en el tiro al arco y en el lanzamiento de hachas. Queda claro que el hecho de haber ganado la

carrera ha sido, por lo que con su conducta demuestra, un hito en su vida.

Por la noche, bajo el gran sicómoro del palacio, los dos príncipes, como han acordado, se reúnen y hablan hasta bien avanzada la noche.

—¿De acuerdo?

—En todo.

—Recuerda bien... —Indica insistente Khufu-Khaf— Solamente nosotros lo sabemos, y ante los demás como siempre. Solo en caso de problemas con Snefrukhaf, nuestro pacto se mostrará abiertamente. Que nadie lo sepa, es muy importante.

—Así lo haré. Si sé algo que te ataña, te aviso.

—Yo haré lo mismo.

Y ambos se alejan entrando en el palacio por diferentes sitios. Ninguno de los dos ha podido ver, oculto entre un macizo de adelfas, a un egipcio de mediana edad que les ha estado observando.

En la mañana de día siguiente, nada más amanecer, Snefrukhaf recibe una visita.

—¿Qué te trae a estas horas?

—Señor, una noticia que puede ser de vuestro interés.

—¿Cuál es el misterio?

—Señor. Anoche, durante mucho tiempo, Khufu-Khaf y Djedefre estuvieron hablando como amigos en el jardín.

—¿Pudiste escuchar algo?

—No Señor, estaba demasiado lejos. Mas, me digo, lo que hablaban no puede ser nada que os favorezca.

—Eso es cierto. Habla con mi tío y se lo cuentas. Él debe saberlo. Y sigue vigilando a todos mis hermanastros.

—Así lo haré —contesta al tiempo que sale del dormitorio del príncipe.

## 12

La llegada de Humupeg al antro de los magos es muy bien acogida por estos. Solícitos, amables y muy interesados, le enseñan las diversas dependencias de las que disponen antes de iniciar el sondeo de sus conocimientos que tanto les interesa.

—El rey nos ha encargado que busquemos un material poco pesado, capaz de detener una flecha —indica Horub que, como siempre, lleva la voz cantante—. ¿Sabes alguna cosa sobre eso o has visto algo en tus viajes?

El sirio queda en suspenso por un rato. La realidad es que en sus viajes siempre se ha mostrado interesado por temas médicos, por cuestiones humanas y de la naturaleza de las ideas más o menos abstractas, que son su mundo. Sin embargo, los magos solo se interesan por temas metalúrgicos, de los que, se reconoce mientras piensa en las cosas que ha visto, no sabe nada. Sin embargo, en unos momentos los recuerdos y las imágenes acuden dócilmente y con dudas empieza a ordenar sus ideas.

—La verdad es que no me he fijado en esas cosas. Mas, ahora recuerdo, en una ciudad cerca de los montes Zagros, fui detenido al entrar. Me llevaron a un cuartel para saber quién era y me fijé que los soldados tenían unos escudos que manejaban con facilidad: no parecían muy pesados.

—¿De qué eran? —interrumpe Puaneb.

—Uno de los soldados lo dejó apoyado en el muro y la gran rodela resbaló y el sonido era parecido al de las piezas de cobre endurecido que tengo en mi bolsa de médico. Pero era distinto, supongo que por su tamaño.

—¿Crees posible hacer piezas tan grandes como las que dices que has visto?

—Supongo que sí. Y no digo sino que las he visto. Será cuestión de poner más material sobre un molde de barro más grande.

—Sí, claro, así debe ser. Un molde grande necesita más material para llenarse. ¿Y qué más has visto?

—He podido ver no solo los escudos, sino también las puntas de las flechas, las de las lanzas, espadas y las cabezas de las hachas. Todo tenía el mismo color que mis instrumentos.

—¿Pesados mucho serán ellos? —interviene Mohentu.

—No toqué ninguno de ellos. Observé que los manejaban con facilidad, por lo que pienso que no debían ser muy pesados.

—Pueden ser pesados. Sin embargo, cuando alguien maneja algo pesado durante un tiempo, se acostumbra y no parece, para el que mira, tan pesado como puede ser —indica Horub—pero no por ello deja de serlo.

—Es verdad —acepta Humu pep—. Es algo que se sabe hace mucho tiempo; sobre todo si se empiezan a manejar cosas pesadas desde muy jóvenes.

—Tengo aquí el dibujo —interviene siempre práctico Puaneb— y me gustaría que me expliques cómo crees que eran esos fuelles.

Humu pep inicia una explicación de la forma que cree que eran. Los magos preguntan y preguntan y, poco a poco, la idea va siendo diferente de la inicial, pero igualmente útil; va quedando clara para los cuatro.

—Ahora vamos a ver esas tierras y esas piedras que dijiste que habías visto arder. ¡Ven, sígueme!

Y todos caminan hacia otra zona en la que hay una acumulación de cajas de madera, de juncos trenzados con forma de cestas y vasijas de barro conteniendo plantas secas, maderas, vidrios, piedras y tierras diferentes. El sirio mira y remira tratando de encontrar parecidos con lo que recuerda muy borrosamente. De pronto encuentra algo que le es familiar.

—Muy parecidas a estas, o quizá iguales, eran las piedras negras que echaban al fuego.

Los magos se sorprenden. Es un material que tienen hace tiempo y al que no han hecho caso y no saben nada de sus propiedades.

—Vamos a hacerlo y veremos lo que pasa.

Mohentu, el más rápido, coge una cierta cantidad y la transporta con un cestillo hacia la sala donde tienen un horno que arde sin gran fuerza por su escasa leña. Nada más llegar añade astillas de madera y trozos de troncos. Y de inmediato soplan con las cañas que hay en un lateral, avivando el fuego. Un rato después, el fuego crepita con alegría y las llamas se vuelven más altas y ondulantes.

—Añade las piedras negras y veamos que es lo que hacen —indica Horub.

Mohentu echa varias de las piezas que trae y todos quedan mirando el fuego que las envuelve. De momento solo unas chispas en la superficie negra de las piedras indican una cierta actividad.

—No nada pasar veo que ocurre —indica el mago mogol.

Humupep contiene a duras penas la risa que siempre le invade cuando lo escucha. Los cuatro contemplan las piedras en medio de las llamas que las rodean. Lentamente, las piedras empiezan a cambiar de color y arden con un color rojizo muy claro. Pronto todas han adquirido el mismo color. Las llamas arden alegres, haciendo crepitar los troncos y el horno desprende un calor muy superior al de un rato antes.

—¡Son piedras que arden! —exclama asombrado Horub—. Y además, dan más calor que la leña.

—Es cierto —indica el sirio—. Yo ya he dado dos pasos hacia atrás pues el calor es muy fuerte, más que antes de echar las piedras.

—¿De dónde las trajeron? Hay que pedir muchas, pues arden mejor que la madera.

—Me parece que vinieron del Sinaí o quizás del Wadi Hammamat.

—¿No lo sabes? —inquire Horub ante la respuesta inútil de Puaneb.

—Sabe yo donde traer. Mandó Ankh-Haf, saber seguro él —indica con seguridad en su trabalenguas el mogol.

—Bien, Mohentu, siempre muestras tu memoria cuando hace falta —felicitá Puaneb—. Hay que hablar con el arquitecto para ver si recuerda de dónde son esas piedras negras.

Y los cuatro continúan, por un rato, en la sala probando nuevos aspectos del fuego.

—¿No has visto alguna otra tierra que te recuerde a las que viste en tu viaje en el lugar en el que hacían los escudos y las armas? — Interrumpe Horub que, súbitamente, ha recordado otro de los aspectos que han hablado con el viajero sirio.

—No me he fijado más que en las piedras que arden —acepta Humupeg.

—Vamos. Veamos de nuevo. Sin prisas.

Y todo el grupo vuelve a la sala llena de sacos y cajas. El sirio mira y remira, toca y cambia el ángulo de visión en un esfuerzo por ayudar. Pero se da cuenta que no puede hacerlo. Las tierras que está viendo no le recuerdan a ninguna de las que se supone, y el mismo acepta, que pudo ver.

—No, no recuerdo nada de lo que ví entonces. Aunque seguramente, como vosotros indicáis, hay grandes diferencias, todas las tierras se parecen. Para mí parecen la misma. Son solo tierra, con colores más claros o más oscuros: tierra sin más.

Los magos se miran con un gesto de comprensión ante el desinterés de su visitante.

—Sí, comprendemos que no te fijaras en las cosas que había en aquel sitio en el que fundían metales. Seguramente los mezclaban con algún tipo de tierra.

—Además aquello estaba oscuro —trata de justificarse— y no tenía ningún interés en esos aspectos. Ahora sí me fijaría. Mas, entonces... no lo hice.

—Lo comprendemos, y reconocemos que has sido de gran ayuda con tu indicación sobre las piedras que arden.

Horub mientras tanto ha colocado un trozo de cobre sobre una pieza de cerámica blanquecina y la sujeta con unas asas de cobre al fuego. Con sorpresa, observan que en escaso tiempo el cobre empieza a licuarse y que la pieza de cobre endurecido que la sujeta lo hace, igualmente.

—Mucho calor más haber, malo trabajar para así. Bueno otras cosas servir para calor tanto.

—Ahora vamos a ver si podemos hacer ese fuelle, aunque sea uno pequeño, para ver cómo funciona.

Y Puaneb trae una pequeña vasija de barro cocido. Y con paciencia se disponen a hacerle un agujero en un costado. Preparan un arco de madera con una cuerda y un palo vertical, en cuyo extremo han colocado una pieza de cuarzo. Subiendo y bajando el arco, el palo central gira y el cuarzo inicia su rozar sobre la cerámica y la va desgastando. Trabajan sin prisas, meticulosamente. Al rato, el polvillo que soplan con frecuencia va mostrando la profundidad que se consigue. Y, finalmente, se desprende el final del orificio taladrado, quedando un limpio agujero del mismo tamaño que la pieza de cuarzo.

—Esto ya está. Ahora vamos a fabricar el fuelle.

Y de inmediato lo inician. Una caña ahuecada queda con un extremo dentro y sujeta a la vasija de barro con resina. Puaneb regresa con el escudo de un soldado al que le quitan la piel que envuelve la madera. El pellejo de vaca es recortado y colocado sobre la vasija quedando flácido encima de ella.

—No lo ates todavía —interrumpe Humupeg que acaba de recordar otro aspecto—. Hay que atar una cuerda por dentro para tirar de la piel. La hundían con los pies y después tiraban con la cuerda.



Momentos después, un remedo de fuelle se encuentra terminado y se inician los ensayos. En unos breves instantes, pueden observar que el aire sale por la caña y aviva el fuego. Pero el retorno del cuero, al tirar de la cuerda, lleva las llamas hacia la caña y va quemando la boca de esta.

Horub que observa el proceso comprende cuál es el problema y su mente empieza a elucubrar la forma de resolverlo. Es consciente de que el aire que mueve es de nuevo llevado al interior de la vasija, lo que hace oscilar la llama y altera el proceso. Debe conseguir, de alguna manera, que el aire solo tenga una dirección y que esté siempre soplando hacia las brasas. De momento no tiene ni idea sobre la forma de hacerlo. Ha podido ver que, con lo conseguido se mejora el fuego. Si hacen varios fuelles de mucho mayor tamaño, la cantidad de aire puede ser importante y dar sus frutos al haber siempre un fuelle que esté enviando aire

—Creo que ya sabemos cuanto queríamos saber —le indica Puaneb a Humupep—Podrías irte al templo, si es lo que deseas. Si necesitáramos más de ti, ya te preguntaremos aunque tengamos que ir o que tú vengas. Con lo que hemos visto tenemos trabajo para bastante tiempo. Nos has ayudado mucho; sin embargo, hay muchas cosas que hacer antes que funcione bien.

—¿Me puedo ir? —pregunta.

Pero ya los magos le han olvidado y ni le escuchan, ni le miran. Están comentando entre ellos y totalmente ajenos a su presencia. Mientras sale todavía puede escuchar...

—Tenemos que hablar con el rey para que nos consiga y nos dé varios prisioneros nubios que trabajen aquí moviendo los fuelles. Vamos a fabricar unos cuantos, de buen tamaño...

Y la conversación se pierde para el sirio al dar la vuelta al primer recoveco de la escalera que le lleva en dirección a la planta de más arriba.

Al amanecer del día siguiente, Humupep inicia la navegación que le ha de llevar al norte, al templo de Busiris. Cuando llegue, entregará el papiro que le ha dado el rey para Hekepre. Es el anciano hierofante que, en opinión de Keops, más puede hacer para satisfacer, en escaso tiempo, la insaciable curiosidad del sirio.

## 13

Los problemas en la pirámide se han multiplicado en los últimos tiempos. Hay una detención clara en el crecimiento de la misma por dificultades en el diseño de las galerías interiores. Hay, además, una serie de cambios de criterio sobre la ubicación de las cámaras y su forma. Algunos de los arquitectos, entre ellos Ankh-Haf, han propuesto que las cámaras se hagan dentro del cuerpo del edificio en vez de debajo de él. La idea hace tiempo que ha sido aceptada, pero los cambios están retrasando el progreso de la misma.

La enfermedad de Hemiunu, que se ha agravado recientemente, lo ha retirado de su trabajo y la planificación que él realizaba ha quedado detenida. Tenzo va resolviendo los problemas inmediatos y de futuro como puede. Pero carece de la experiencia, la imaginación y la capacidad de trabajo del veterano Hemiunu.

Ankh-Haf, que empieza a notar las deficiencias desde su puesto en Gizeh, decide que hay que tomar medidas urgentes y que debe reunirse con todos los capataces para hacer frente a la grave crisis con la que se enfrenta. Para ello, da la orden de una reunión en escasos días, y cursa mensajes a las canteras para que no envíen tanto material como es habitual.

Dos días después, y dentro del recinto de la pequeña ciudad para los principales anexa a la pirámide, se reúne con más de tres docenas de sorprendidos capataces. Hay un silencio total y todos le miran sorprendidos por algo que no entienden. El arquitecto les mira un momento y da instrucciones:

—Vamos a detener el ritmo de construcción por un tiempo. Que una buena parte de los obreros se vayan a sus casas con sus familias y poco a poco se vayan turnando para que todos descansen.

—¿Es que ocurre algo? —pregunta el jefe de los capataces.

—Sí. El Jefe de los Trabajos del Rey, Hemiunu, está preparando su viaje al Más Allá, y cualquier día irá a reunirse con su Ka.

Un murmullo de pesar recoge las palabras de Ankh-Haf. Hemiunu ha sido una persona que se ha preocupado mucho del personal que empleaba. Siempre ha procurado que tengan la mayor comodidad posible, y les ha asegurado un buen alojamiento y la mejor alimentación. Los que han trabajado con él durante bastante

tiempo y han intervenido en la construcción de las pirámides del rey Huni, como muchos de los capataces presentes, y que siempre se encuentran bien informados, lo saben y le aprecian. La noticia les sorprende. Y para todos ellos, como la vida les ha enseñado con claridad, los cambios, cualquier cambio, casi nunca son para mejor.

—Necesitaremos un tiempo para arreglar todo, y más adelante volveremos, cuando todo se resuelva, a trabajar con la intensidad habitual.

—¿Quién será el nuevo arquitecto jefe? —Pregunta el jefe de los capataces.

—No lo sé. Eso lo decidirá el rey cuando llegue el momento.

—Para mí está claro que seréis vos. Lleváis haciéndolo varios años.

—Haré lo que indique el rey.

—Me tranquiliza pensar que, con seguridad, vos seréis el nuevo arquitecto —insiste el jefe de los capataces—. Con vos todo será igual o mejor. Cuando hay cambios grandes, todo lo hecho se altera y en parte se pierde. Vos seguiréis como si no hubiera habido cambios.

Ankh-Haf comprende que el jefe de los capataces es un hombre con ideas propias y una clara idea de lo que se ha hecho y de lo que se hará.

—¿Cuál es tu nombre? —inquire.

—Me llamo Atuilla y hasta hace poco era encargado de las Obras del rey y viajaba por todo el país. Hace poco, cuando el Jefe de Capataces fue a reunirse con su Ka, fui nombrado para este puesto.

—Ahora lo recuerdo. Yo di la orden.

—Gracias, Señor.

—Creo que eres muy válido para ese trabajo y para otros. Si te pasara algo, ¿quién crees que podría sustituirte?

Atuilla eleva las cejas en un gesto de sorpresa e incompreensión. Desde hace un momento, cuando el arquitecto le ha preguntado su nombre tras sus atrevidos y tajantes comentarios, algo en su interior se ha agitado indicando que sea más prudente. Al arquitecto con el que está tratando no lo conoce de nada, pues él siempre ha estado viajando. Súbitamente, hace escaso tiempo, le han comunicado que tiene un puesto superior. Ha oído hablar bien de Ankh-Haf. Sin embargo, hace años que las opiniones ajenas, no contrastadas, valen tanto como un grano de arena en su camino. Cuando empieza a saber algo sobre él, y apenas han pasado un par de semanas en su

nuevo trabajo, le citan a una reunión urgente. Y en ella, cree haber sido indisciplinado y osado. Y encima, le pregunta quién puede sustituirle. Modesto, como siempre ha sido, de inmediato responde con prudencia:

—Perdone, Señor, si he sido brusco. A mí me puede sustituir cualquiera, solo soy un trabajador que pone interés.

Ahora es el arquitecto el sorprendido ante su respuesta. Algo no encaja con la idea que tiene, por diversos caminos, sobre Atuilla.

—Gracias por tu modestia, pero no es eso lo que quiero oír. Ya sé lo que vales, y si no fuera así, no tendrías el puesto que tienes. Pero, para que entiendas lo que quiero saber, pienso que me serás muy útil en un puesto superior al que tienes. Sé que has viajado y que conoces todo lo que se refiere a las Obras del Rey. ¿Es así?

—Sí, Señor. Desde niño he estado haciendo lo mismo, y antes lo hacía mi padre, y antes lo hizo mi abuelo.

—Por tanto, estarás a mi lado para poder consultarte o enviarte, si hiciera falta, a las canteras o a cualquier otro sitio. Ahora, ¿quién crees que podría sustituirte?

Atuilla no lo duda ni un instante. Solo una persona le ha venido a la mente, libre de temor y entendiendo lo que le pregunta. Su imagen la tiene clara por cuanto al volver la cara lo ve sentado en el suelo a escasa distancia y totalmente ajeno a lo que le va a suceder:

—Señor, creo que el mejor, incluso lo hará mejor que yo, es Nefep, hijo de Petep, que fue jefe de obras en Dahsur y es actual Jefe de Obras en Gizeh. Y se encuentra presente en la reunión.

—¿Quién es Nefep?

Tímidamente Nefep se alza levantando indeciso una mano.

—¡Ah, sí! Te recuerdo detrás de una gran piedra de granito en el galpón que hay enfrente de la pirámide.

—Sí, Señor, ese soy yo.

—Bien. Sustituirás a... ¿Cómo es tu nombre?

—Atuilla, Señor.

—Estarás siempre a mi lado. ¿Dónde está tu familia?

—No tengo familia. Nunca he tenido tiempo para ello.

—¿Cómo es eso?

—Desde niño no hago más que viajar, caminar, embarcarme, llevar órdenes, buscar obreros y traerlos al pie de la obra.

—Ahora tendrás tiempo, mucho tiempo para todo. Llevarás una vida de mucho trabajo, pero con menos movimiento.

—Os lo agradezco, Señor. Nunca he dormido dos noches en el mismo sitio y empiezo a estar cansado.

Nefep, de pie a escasa distancia, asiste al diálogo sin moverse.

—¿Nefep, verdad? —indica señalándolo.

—Sí, Señor.

—Desde ahora sustituyes a Atuilla.

Hace un alto momentáneo mientras recorre con la vista a todos los presentes y continúa dando instrucciones. Nefep ha hecho un gesto afirmativo con la cabeza y se ha vuelto a sentar.

—Creo que lo habéis entendido todo. Mínimo trabajo por unos días... mientras se resuelve todo esto que hay pendiente. Cuando sepamos lo que hay que hacer, recuperaremos el tiempo que hemos perdido. ¿Alguna duda? ¿Alguna pregunta?

—Señor —inquire uno de los presentes— ¿cuánto tiempo pensáis que puede durar esta situación?

Ankh-Haf se encoge de hombros en un claro gesto de ignorancia:

—No lo sé. Pero no será demasiado corto. Puede ser en torno a media estación.

—Bien, Señor. Bueno es saberlo para aquellos que tienen las familias lejos. Y también para lo que quieren ir a comer a las lejanas tumbas de sus padres, a echar agua sobre ellas y reunirse así con sus familias.

—Me parece bien. Ocupaos de todo ello. Cuando todo esto termine, no tendremos tiempo que perder en la construcción de la pirámide.

—¿Algo más?

Nadie contesta y los capataces se remueven e inician tímidamente a levantarse.

—Podéis iros. Atuilla. Ve por tus cosas, que vienes conmigo a Menfis.

—Como digáis, Señor.

Y todo se disuelve en unos instantes. Horas después, la actividad en la pirámide es mínima, solamente se terminan de elevar y colocar los bloques que se encuentran a lo largo del camino hacia su sitio definitivo. Ankh-Haf, sus ayudantes y personal adherido, se ponen en marcha en dirección a la no demasiado lejana Menfis.

## 14

Humupep sube al barco que le llevará a Busiris y, como es su norma, busca un sitio fresco para la travesía. Sobre la cubierta siempre hay sacos de grano, jarras con aceite, cerveza y vino apilados y estibados con tablas y cuerdas para que no se muevan. Sobre los sacos de grano sabe que es un sitio adecuado, y así lo hace.

Cuando lleva un buen rato sentado y adormilado, mientras espera que termine la carga y el barco empiece a navegar, la llegada de un medjay al muelle, gritando su nombre le sobrecoge. Se acerca a la borda e indica:

—Sí, yo soy Humupep. ¿Qué ocurre?

—Señor. Debéis volver al palacio. El rey ha solicitado que volváis. Os necesita.

El sirio se encoge de hombros, mientras se dice, con voz queda, que el destino es como es y que no se puede retener un presente que ha dejado de serlo. Recoge sus cosas y empieza a deshacer el camino que hace escaso tiempo le ha llevado hasta allá. Hace tiempo que sabe que cada cosa tiene su momento y que intentar cambiar el destino es tan inútil como empezar a contar las arenas del desierto.

La distancia es muy corta y en poco tiempo se encuentra delante de Keops que le está esperando en su sala.

—Señor, he venido en cuanto me lo han indicado.

—Interrumpo otra vez tu deseado viaje a la iniciación. Te necesito.

—Señor, para mí lo más importante sois vos y vuestros deseos.

—No es para mí. Eres sunu y quiero que te ocupes, con los médicos egipcios, de tratar a mi Arquitecto Jefe. Está muy mal y me dicen que se reunirá con su Ka en breve. Quiero saber si podrás hacer algo

—Señor, si mis colegas no ven camino de cambiar lo que circula por sus metus, ¿creéis que yo puedo cambiar el destino?

—Aunque hoy es ayer, hoy es siempre todavía. —indica Keops.

Humupep cavila sobre la críptica frase con la que le ha contestado el rey. Ha podido observar en los escasos ratos que ha estado con el rey que este es muy aficionado al uso de frases de doble sentido. Tanteando un poco el terreno, responde en la misma línea de pensamiento:

—Señor, teniendo en cuenta que la vida es como navegar siempre hacia la puesta del sol, ¿podré hacer algo?

Keops sonríe apenas antes de contestar:

–Es cierto que puedes, o no, hacer algo. Habrá que intentarlo, pues debes recordar que las cosas tienen que cambiar, para bien o para mal, para que todo siga igual.

–De acuerdo, Señor. ¿Dónde se encuentra Hemiunu?

–He ordenado que lo traigan al palacio. Será más fácil hacer lo que sea preciso aquí que en su casa.

–Me parece muy acertado, Señor. ¿Qué sunus le están viendo? Quisiera hablar con ellos.

–Ahora vendrán. Los he mandado llamar.

–Bien señor. Voy a sacar mis cosas de médico para cuando llegue.

–Velep.

El secretario viene de inmediato.

–Que se aloje a Humupep en la que ha sido su habitación.

El sunu sirio sigue al secretario del rey con sus cosas y vuelve un rato después con una bolsa en la que tiene su instrumental. Keops solo le hace un gesto para que se siente mientras él sigue con Aberkare, viendo unos papiros en los que hace anotaciones.

La entrada de un secretario interrumpe el silencio. Haciendo una venia en dirección al rey indica con voz clara.

–Señor, el Visir Hemiunu ha sido alojado en el lugar que habéis indicado. Los sunus están con él atendiéndole.

Keops hace un gesto al mensajero. Después mira al sirio y, sin hablar, ambos salen de la sala.

A escasa distancia, en una habitación hay un lecho sobre el que amarillento, inconsciente y un tanto incorporado con frazadas de lino, se encuentra un desconocido Hemiunu. El mismo Keops, que hace un tiempo que no lo ve, queda sorprendido por su mal estado. A su lado, Nesit, su joven esposa, le mira angustiada mientras le mantiene cogida una mano. Al ver llegar al rey, Nesit hace una amplia venia y balbucea.

–Muchas gracias, Señor, por vuestra presencia. Ahora sé que mejorará solo por el hecho de que vengáis a verle.

Keops hace un gesto a la muchacha, que sabe fue una gran amiga de su madre, y se acerca al lecho, observando detenidamente a su amigo. No puede por menos que sobrecogerse ante su aspecto. Es un cadáver que todavía respira con una gran dificultad y los estertores se escuchan en la sala.

Dos médicos se han situado al otro lado de la cama y miran hacia el suelo esperando que el rey se dirija a ellos. Humu pep ha hecho un gesto de saludo a sus colegas al llegar. Y estos se lo han devuelto ampliamente.

—¿Se puede hacer algo? —Pregunta el rey sin dirigirse a nadie en concreto.

Los dos sunus elevan la vista hacia el rey y el de más edad contesta, despaciosamente, con manifiesta seguridad en lo que dice:

—Señor, solamente podemos esperar a que se reúna con su Ka. Lo tenemos dormido para que no sufra, pues se asfixia y se agita.

—¿Qué opinas, Humu pep?

—Señor, creo que podría hacer algo, aunque no cambiaría su futuro pues aunque viviría unas semanas más, su destino está trazado y Anubis le espera al cabo de un mínimo tiempo.

—¿Qué se puede hacer?

—He visto casos como este y sé lo que se puede hacer y se hace en el norte. Tengo un instrumento para realizarlo. Tiene el cuerpo lleno de líquido y si lo sacamos volverá a vivir con comodidad hasta que se vuelva a formar y volvamos a sacarlo. Pero... es un remedio muy transitorio; se haga lo que se haga, en una o dos semanas irá a reunirse con su Ka.

—¿Y si no lo hacemos?

—En ese caso Anubis se lo llevará de la mano esta noche o mañana.

Nesit llora y aprieta la mano de su inconsciente esposo antes de hablar en un grito de petición de ayuda:

—Señor, que haga lo que pueda, unos días más siempre será un poco de tiempo regalado para los dos.

—Adelante. Haced lo que podáis por él.

Humu pep abre la bolsa y solicita:

—Quiero fuego, unas bacinillas grandes, vendas limpias y nuevas y una jarra con agua para lavarme las manos.

El rey hace un gesto y de inmediato los secretarios presentes empiezan a moverse con rapidez. Momentos después regresan con todo lo que ha pedido. Una pieza de cerámica que contiene aceite y una gruesa torcida de lino que arde alegremente se encuentran sobre una mesa que han colocado delante del sirio. A su lado dos grandes jofainas de cobre y un gran rollo de vendas de puro lino blanco.



Todos se han apartado y solo los dos médicos egipcios se encuentran en primera línea dispuestos a no perder detalle de algo que no conocen, pero que quieren ver y aprender.

El sirio organiza todo con una gran tranquilidad. Lo hace todo como si no fuera él el que lo va a realizar.

—Estimados colegas, ¿está bien dormido?

—Profundamente.

—Dejarle el vientre al aire, si me podéis ayudar.

—Lo haremos con gusto, si no te importa que veamos lo que vas a hacer.

—Por supuesto, no hay nada misterioso o secreto en lo que haré. Creo que tiene todo el cuerpo lleno de líquido. Eso le impide respirar. Si se lo sacamos, se encontrará mucho mejor.

Ambos no responden. No entienden lo que va a hacer el colega foráneo. Dispuestos a colaborar, colocan al visir un poco de lado al tiempo que le quitan la faldilla que le cubre de cintura hacia abajo.

El médico sirio se acerca al inconsciente visir y colocando una mano en un lado del vientre, el más bajo, golpea suavemente con la punta de los dedos en un punto opuesto del vientre. Lo repite varias veces como si quisiera confirmar algo que sabe sobradamente.

—Como suponía es líquido. Muy bien, esa es la posición. Ahora, acercarlo un poco más a este borde de la cama.

Y Humu pep empieza a calentar un largo tubo de cobre endurecido. Y lo hace por el extremo que se muestra afilado con forma de pico de flauta. Lo sujeta por la mitad con un trozo de madera que lo abraza. Hemiunu, mientras el sirio mantiene la punta en el fuego esperando que se ponga muy caliente, es llevado al borde mismo de la cama y su enorme vientre sobresale de esta un tanto.

—Muy bien. Así podré hacerlo fácilmente. Poned la bacinilla debajo de la tripa y un poco hacia mí.

—¿Para qué lo calentais?

—El calor evitará que la piel y el interior sangren. Y la quemadura cerrará la herida cuando saque el tubo.

—Sujetadlo —indica cuando ve que la punta del instrumento muestra signos de estar verdaderamente caliente.

Y acercándose con determinación, clava en la parte más baja del vientre el tubo. Una nubecilla de humo azulado sale de la piel y el instrumento penetra unos centímetros. Y de inmediato, por su otro

extremo empieza a salir un líquido transparente, ligeramente amarillento, que cae sobre la jofaina que hay en el suelo. Hemiunu rebulle ligeramente por unos instantes pero sigue inconsciente.

—Suavemente —indica a los otros médicos— moved el vientre para que el líquido vaya hacia el tubo.

Los dos lo hacen con cuidado, y el flujo de lo que se está expulsando se mantiene con manifiesta continuidad y el prominente abdomen va disminuyendo su volumen. Cuando la segunda jofaina está llena en más de su mitad, el vientre ha disminuido hasta alcanzar menos de la mitad del tamaño que presentaba al inicio.

—Ya está bien por hoy —indica, y empieza a retirar el tubo lentamente. Después coloca un poco de la venda doblada y con la ayuda de sus compañeros da varias vueltas al cuerpo con esta.

—Respira mucho mejor —indica uno de los médicos egipcios.

—Sí, al salir el líquido acumulado siempre respiran mejor —acepta el sirio— y dentro de unas horas, cuando se despierte, no le déis nada más para dormir, pues se encontrará mucho mejor.

—¿Nos dejas ver el tubo que has usado?

—Podéis verlo todo, no hay nada que ocultar —y les alarga toda su bolsa con el instrumental que lleva en ella.

Keops no ha abierto la boca durante la rápida intervención. Nesit, a la que han hecho salir, vuelve al lado de su esposo.

—Humupep —interroga Keops— ¿podrás quedarte unos días hasta que mi visir mejore?

—Naturalmente, Majestad —responde de inmediato.

—Cuando hagas la iniciación que deseas y vuelvas, te nombraré Sunu del Palacio. ¿Aceptas? ¿O preferirás seguir con tus viajes, viendo y aprendiendo? Aquí tendrás cuanto desees.

—Señor, nunca hice nada por lo que pueda obtener a cambio. Soy persona de necesidades muy morigeradas. Solo necesito una cama y un poco de comida. Lo demás huelga.

—Sí, ya lo habías dicho. No deseas ni oro ni honores. Entonces, ¿Qué podría darte que te tentara?

Humupep sonríe quedamente. No es la primera vez que le ofrecen todo a cambio de quedarse y dar lo que sabe y lo que poco a poco ha ido aprendiendo. Pero se reconoce que es precisamente ese continuo viajar y ver cosas nuevas, lo que hace que su acervo de conocimientos se incremente y mejore un poco más cada día.

—Señor, no hay nada que me tiene. Solo la amistad y la libertad de moverme me pueden mantener en un sitio.

—Cuenta con ambas. Tienes mi más sincera amistad y podrás ir y venir con absoluta libertad. ¿Aceptas?

—Sí, Señor. Pero... recordad que, a veces, mis viajes pueden ser muy largos o que puedo perecer en ellos por algún peligro que me surja: un accidente, un asalto de bandidos. No quisiera que os formara falsas esperanzas sobre mí.

—Comprendo y acepto lo que indicas. Muévete con libertad. Quiero que sepas que aquí siempre serás muy bien acogido y tendrás cuanto desees.

—Gracias, Señor. Lo tendré en cuenta.

Humupep observa de nuevo a Hemiunu, escuchando su respiración que se ha vuelto acompasada y regular.

—Cuando despierte se encontrará bastante mejor. Aunque tardará varias horas en volver de su sueño.

—Venid a mi sala —indica Keops al sirio— quiero hablar por un rato y que me explique cosas de sus viajes.

Y los dos se marchan de la habitación en la que se encuentra Hemiunu. Antes de salir, Keops ha hecho un claro gesto a los dos médicos. Ambos lo han interpretado en toda su extensión y se van a turnar a la cabecera del visir.

- Reeves, Nicholas, *El antiguo Egipto. Los grandes descubrimientos*, Ed. Crítica, 2002.
- Rice, Michael, *Quién es quién en el Antiguo Egipto*, Archivos Acento, 2002.
- Siliotti, Alberto, *Guía de las Pirámides de Egipto*, Ed. Folio, 1998.
- Strouhal, Eugen, *La vida en el antiguo Egipto*, Ed. Folio, 2005.
- Tyldesley, Joyce, *Hijas de Isis: la mujer en el A. Egipto*, Ed. Martínez Roca, 1998.
- Tyldesley, Joyce, *Los descubridores del A, Egipto*, Ed. Destino, 2006.
- Urruela, J. J, *Egipto: época Tinita e Imperio Antiguo*, Ed. Akal, 1988.
- Velasco Montes, José I, *Tiempos de pirámides I: El faraón Snefru*, Ed. V & C, 2005.
- Velasco Montes, José I, *Tiempos de pirámides II: El faraón Keops*, Ed. V & C, 2006.
- VV. AA. [19]. Y Hawass, Zahi, *Tesoros de las pirámides*, Ed. White Star Publishers, 2003.
- Walker, Martín, *Historia del Antiguo Egipto*, Ed. Edimat, 1999.
- Wallis Budge, E. A, *Magia egipcia*, Ed. Humanitas, 1988.
- Wilkinson, Toby, *El origen de los faraones*, Ed. Destino, 2004.